



BOLSILIBROS
EASA

Frank
McFair

TERROR



ALGO NEGRO
CON GARRAS

TERROR &



ALGO NEGRO CON GARRAS
Frank McFair

TERROR

© FRANK MCFAIR

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S.
A. Polígono Industrial de
Pinto PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
I. S. B. N. 84-06-02479-8
Depósito legal: M.
18.828- 1980

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

CUANDO el doctor Robert Musgrave llegó a Stockwell y se hizo cargo de los pacientes del viejo doctor Keats, tenía treinta y dos años y había estado siete como interno en New York. Había elegido esa pequeña ciudad del Oeste por dos razones: la primera porque el doctor Keats había sido amigo de su padre y le escribió ofreciéndole su clientela, ya que pensaba retirarse. La segunda por huir de una hermosa pero absolutamente posesiva viuda que había enfilado hacia él sus baterías con fines matrimoniales y de la que no lograba despegarse ni con agua caliente.

Y él no quería casarse, y menos con una mujer que tenía cincuenta millones de dólares y ya no sabía ni cómo gastarlos.

El doctor Keats le recibió con un abrazo.

—Me alegro de que hayas aceptado, hijo. La clientela es buena, y la señorita Komas, mi enfermera se ocupa de que todos paguen: tiene una estupenda mano izquierda para ello.

Ya ves, no soy rico, pero me retiro con un buen paquete de acciones seguras. Tú, mucho más joven, podrás hacerlo aún mejor.

Y añadió algunas apreciaciones personales:

—La clientela de la ciudad es buena, repito, y segura. Donde encontrarás los dolores de cabeza es en Artistown.

—¿Artistown? ¿Qué diablos es eso, doctor?

—Hace siete años, un individuo muy rico decidió que un lugar situado cerca de aquí resultaba ideal para crear una ciudad de artistas, de todas clases. Debo reconocer que en efecto el lugar es extraordinariamente bello y adecuado para el esparcimiento de toda esa fauna. Está situado en un gran meandro del río, y tres de sus lados son cortaduras a pico sobre la corriente. Se trata en suma de una gran meseta con magníficas vistas, con agua y verdor.

—Un paraíso, vamos.

—Puedes decirlo. Pero en todo paraíso suele haber una manzana de la discordia si podemos llamarlo así. Los artistas considerados individualmente pueden ser raros, geniales, imprevisibles, pero si los metes todos en el mismo caldero, si obligas a vivir juntos a escultores, pintores, escritores, etc., aquello se convierte en un zoológico.

—¿Ha tenido usted disgustos quiere decir?

—Disgustos propiamente, no. He sido llamado varias veces para visitar a alguno de ellos, y me ha resultado después difícil y violento el cobrar. Hazte pagar tan pronto como hagas la consulta, es un buen consejo.

Musgrave decidió seguirlo. De todas maneras, el hecho de tener cerca una colonia de artistas resultaba estimulante. Por lo menos, rompería la monotonía.

Se estableció, pues; el doctor Keats le presentó a las personalidades de la ciudad, casi todas ellas clientes o pacientes suyos, y comenzó.

Todo fue bien. No cayó mal y sobre todo las señoras, lo encontraron de su agrado. Tanto que constituyeron la masa principal de los pacientes, lo cual llegó a preocuparle: cuando un médico se convierte en el favorito de las mujeres, sus maridos, hermanos y padres se vuelven celosos. Procuró, pues, congraciarse con el elemento masculino a base de beber con ellos alguna copa y despachar a sus hembras con una actitud algo lejana que le hizo adquirir fama de estirado, pero agradable.

A los dos meses fue llamado a Artistown.

Hasta entonces, solamente dos personas de allí habían solicitado sus servicios profesionales, una mujer y un hombre. La primera era una escritora con la boca llena de dientes de caballo, que padecía de pie de atleta y que le curó con fungicidas. El segundo era un actor algo parecido a sir Lawrence Olivier, y que mimaba esta semejanza. Tenía acidez permanente porque bebía como una esponja seca.

Cuando recibió la llamada, cogió su coche y se dirigió allá. Nunca había ido a Artistown. En efecto, era un lugar maravilloso. El río describía una amplia curva, un meandro casi cerrado y en el centro se elevaba una meseta cortada a pico por tres lados. La meseta era muy extensa, quizá de unos doscientos acres o más, y estaba dividida en parcelas, casi todas ellas con su chalet en el centro. Piscinas, árboles, mucha fronda y... dinero, al parecer.

La carretera subía por el único lado accesible, y embocaba una calle amplia en la que desembocaban todas las demás. Casi en el centro de la colonia había un gran parque.

Un lugar extraordinario, perfecto, para vivir.

La casa era un hotel rodeado de jardín. Dos enormes perros doberman, atados, le recibieron con dientes desenfundados, pero una mujer vino a abrir la puerta, ordenándoles que se mantuvieran quietos.

—Buenos animales —dijo Musgrave—. ¿Peligrosos?

—Lo destrozarían en cinco segundos —respondió—. ¿Es usted el doctor Musgrave?

—Sí. Creo que es aquí desde donde me telefonearon esta mañana.

—Sí, fui yo misma. Mi marido está enfermo. Por los síntomas creo que pudiera ser apendicitis, pero no estoy segura.

—Pronto lo sabremos —dijo Robert.

Le hizo pasar y él lo hizo alejándose lo más posible de los perros. Llegaron a la casa, un chalet plano, de un solo piso, con una amplia veranda que lo rodeaba por todos sus lados. Todo el jardín estaba lleno de tamarindos, plátanos y arbustos olorosos.

El enfermo estaba tendido en un lecho. Era un hombre de unos cincuenta años. Cuando Robert Musgrave le tocó el vientre lo halló timpanizado, en efecto. Lo más probable es que tuviera inflamado el apéndice.

—Sí —dijo—. Convendría trasladarlo al hospital. Tal vez haya que intervenirlo.

—A mí no me abren en canal —dijo el hombre. Pero al instante se le escapó un gemido y se llevó las manos al vientre.

—¿Lo ve? —dijo Musgrave—, No se preocupe. Una operación de lo más fácil. Que yo recuerde nadie se murió por ella, pero sí por no hacérsela. Puede producir una perforación.

—Lo sé, lo sé, no soy ningún ignorante. Está bien, lléveme al hospital y así dejaré de ver la cara de esa bruja.

—La bruja soy yo —dijo ella indiferente. Robert ya se había dado cuenta de que no era ninguna bruja. Se trataba de una mujer de unos treinta años, vestida con unos pantalones muy ajustados y una bolera que dejaba su vientre al descubierto. El vientre y algo más, ya que apenas tapaba los pezones del pecho.

—Llamaré al Centro Médico desde aquí —dijo el doctor Musgrave.

—Venga, le enseñaré dónde está el aparato.

Fue conveniente porque el aparato estaba escondido entre medias de lo que a Musgrave le pareció un amasijo de hierros viejos sacados de algún cementerio de automóviles.

—¿Una nueva caja telefónica? —preguntó Musgrave.

—No, por supuesto. Se trata de mí «Sinfonía en La sostenido visual».

—Una escultura —reconoció Musgrave—, Muy interesante.

Llamó al Centro Médico y explicó lo que había. Le aseguraron que enviarían una ambulancia en cuatro o cinco horas. Musgrave colgó.

—Póngale hielo en el vientre —dijo a la mujer— y no le dé nada de comer.

—Será difícil. Lo del hielo, no, sino lo de que no coma. Es un buitre leonado en cuanto huele cualquier cosa más o menos digerible. Hace un rato cedieron los dolores y me pidió que le preparase unas costillas de cerdo con mostaza.

—Hágale caso y se quedará viuda en pocas horas.

—Pues, ¿sabe, doctor, que no sería una mala idea? Tal vez me acerque al supermercado para ver qué hay por allí.

Miraba a Musgrave con sus ojos muy azules.

—Veo que no está usted al día en escultura musical. Puedo darle algunas lecciones en cuanto se lleven el cuerpo putrefacto de mi marido al Centro Médico. Mis conferencias acompañadas de vodka anfetaminada obran milagros en las personas poco dotadas de espíritu artístico.

—No lo dudo —respondió Robert— pero un día puede usted comenzar a ver elefantes de color rosa y parársele el corazón ante la sorpresa.

—No lo ponga tan mal, doctor. ¿Sabe que es usted un hombre muy guapo?

—Un doctor algo agraciado —corrigió él secamente. Estaba sintiéndose cargado ya. De la mujer se esparcía un perfume extraño, y no muy agradable. La voz del marido llegó desde el dormitorio.

—¡Eh, zorra! ¡Deja ya de intentar llevar al médico a la cama y ven a ayudarme!

—Me voy —dijo Musgrave con la misma sequedad—. La ambulancia llegará pronto. —Y añadió de forma no muy ética—: Recibirá la factura de mis honorarios por correo.

—¿Por qué no viene usted a recogerlos por sí mismo cualquier noche de estas?

—Buenos días, señora Collinson.

Cuando Musgrave salió a la calle, pasando ante los enormes perros que le contemplaban hostilmente, un hombre llegaba por el otro lado. Llevaba un sombrero de paja, una camisa de seda color azul y pantalones «blue-jeans».

—¿Cómo está tu marido, Edna?

—Muy bien. Tienen que hurgarle entre los entresijos, según el doctor, aquí presente. Su apéndice vermicular debe estar lleno de sapos y escarabajos y hay que sacárselos, pobres animales: deben estar ya a punto de fenecer.

Musgrave y el hombre se estaban contemplando. De pronto el recién llegado, dijo:

—Musgrave. Bob Musgrave, ¿no es así?

—En efecto... ¡Cockie!

—El mismo.

Se estrecharon la mano, con efusión por parte de Cockie, y algo menos por parte del médico. Habían sido condiscípulos en el colegio, pero no en la universidad. No se veían desde hacía siete u ocho años.

—Ven a mí casa. Vamos a tomar una copa para celebrar el

encuentro.

—¿Vives aquí?

—¿Vivir? Fui yo quien construyó todo esto.

—Y al séptimo día, descansó —dijo Edna Collinson.

—Vamos, ven a tomar una copa. Te presentaré a mi mujer.

—Eso, preséntale a tu mujer, Cockie. Y no tengas cuidado de que intente birlártela. He desperdiciado con él mis mejores artes de seducción, pero en vano.

—Vamos, vamos, Edna. Tú no eres así, en realidad.

—No, soy de otra manera. «Ciao», chicos. Voy a helar aún más a mi marido. Si es que eso es posible —añadió pensativa.

Echaron a andar.

—Pobre mujer —dijo Cockie cuando doblaron la esquina.

—Una ninfómana, supongo —dijo el médico—. Por cierto, no tengo mucho tiempo. Debo volver al consultorio.

—Así que ahora estás en la ciudad. ¿De paso?

—No, he adquirido la clientela del doctor Keats.

—Me alegro, me alegro. Oye, tienes que quedarte a comer en casa.

—Hoy, no, Cockie. Bueno, veo que hiciste un buen trabajo aquí.

—Creo que sí. Me costó mucho dinero, pero al estar rodeado de artistas bien que lo vale. Aunque... debo reconocer que la mayor parte de ellos tienen un curioso sentido de los negocios. Hay muchos que no han pagado aún sus parcelas y sus hoteles. Bueno, yo lo comprendo: un artista no siempre encuentra dinero para estas cosas.

—Sí, comprendo. Unos gorriones, ¿eh?

—No, no lo pongas tan mal.

En la escuela, Cockie, al que llamaban así porque cada vez que le daba el sol adquiría su piel un tono carmesí, era el típico niño que necesitaba siempre apoyarse en los demás. Un pelma pasivo, que siempre pedía que le dejaran jugar y siempre estaba dispuesto a hacer un favor. No parecía haber cambiado mucho, se dijo Musgrave.

—Al fin y al cabo, a mí me sobra el dinero. Ya sabes que mi padre se enriqueció con petróleos y esas cosas, y cuando iba a dejarme en poder de albaceas para que me cuidaran el dinero, murió el pobre sin haber hecho testamento aún. Así que pude disponer de pasta en abundancia. Y eso me permitió el sueño de mi vida: ser un artista. Porque yo también soy un artista. Ya lo verás.

—¿Qué arte cultivas?

—Todos. Pintura, escultura, grabado, música. El Arte con mayúsculas. Claro que no me hago ilusiones. No soy un genio,

pero hago lo que me gusta. Eclecticismo, esa es la palabra.

—Ya lo veo —dijo Musgrave compadecido. Y ese pobre hombre se dejaba esquilmar por una partida de gorriones. Debía ser una fuente inagotable e incluso satisfecha de regalar su chorro de dádivas.

—Myrte te gustará, ya lo verás. Ella sí que es una artista. La madera en sus manos se convierte en algo vivo, en algo... pero ya lo verás.

La casa de Cockie Barony era más grande que las demás, y su parcela, enorme. Debía tener diez o doce acres. Un sendero enarenado, entre medias de árboles muy crecidos y frondosos, llevaba hasta un porche columnado. A ambos lados de la casa se elevaban dos torres de dos pisos de altura, redondas y terminadas en tejados apuntados, de pizarra.

—Como en los cuentos de hadas, ¿verdad? ¿No te recuerda algo?

—Pues..., sí, tal vez. Es... bonita.

—Muy bella. La diseñé yo mismo. El arquitecto quería hacerme una casa rural inglesa con todo el techado de bardas, pero yo preferí algo más parecido a un castillo medieval.

Musgrave sentía renovarse el sentimiento de lástima. Era evidente que Cockie no había crecido mucho.

Llegaron a la puerta y Cockie abrió.

—¡Eh, Myrte! Traigo una visita, un antiguo amigo del colegio. ¡Un buen amigo!

Estaban en un salón amplio, de suelo de piedras con alfombras, y al fondo una chimenea. Muebles rústicos se alineaban en las paredes. Un gran ventanal se abría en el lateral derecho.

—Ven, mira.

Musgrave se acercó con él al ventanal y al asomarse a éste, vio que daba directamente sobre la cortadura. La hoz del río estaba allá abajo, casi a doscientos pies. Una vista muy hermosa, pero algo intimidante.

La puerta se abrió y una mujer apareció en el umbral.

—Ven, Myrte, quiero presentarte al doctor Musgrave, Bob Musgrave.

La mujer de Cockie Barony era negra.

CAPITULO 2

Y entonces decidimos casarnos —dijo Cockie—. ¿No es también un poco como un cuento de hadas?

Estaban tomando el segundo vaso de menta helada a la que le habían agregado algo que Musgrave no lograba identificar pero que le daba un aroma y un sabor extraordinarios. La misma Myrte lo había preparado. En unos platillos había unas tiras de algo dulce y que al probarlas con un poco de prevención le habían sorprendido: sabían muy bien y combinaban mejor aún con la bebida.

—Pues... sí, claro —respondió.

La historia no era de cuento de hadas, aunque tampoco demasiado vulgar.

El médico contemplaba a la mujer a hurtadillas. Alta, de curvas perfectas, piernas largas y ahusadas y pecho muy alto. Era de un color muy subido, ébano oscuro con reflejos rojizos, y sus labios sólo ligeramente gruesos. Muy bella y de ojos estirados hacia las sienes y asombrosamente, con las pupilas verdes.

Llevaba un traje que al parecer constaba de una sola pieza de tela, roja con grandes dibujos de tono más claro. Se movía con mucha gracia, y sus manos eran grandes, esbeltas y tenían gran fuerza. Musgrave se había dado cuenta de ello cuando estrecharon la suya.

—Pero fíjate bien —insistió Cockie—. Como nunca tuve prejuicios raciales hubiera podido casarme con muchas chicas americanas de color, sin embargo fui a enamorarme de una africana. ¿Tú sabes dónde está el Dahomey?

—Sí, creo que sí, naturalmente. En el golfo de Guinea. Aunque ahora creo que ha cambiado de nombre.

—No ha cambiado —dijo ella—. Ha recuperado el nombre que tuvo hace siglos. El del Imperio de Benin.

Hablaba un inglés bastante bueno pero con acento francés. Musgrave, que hablaba bastante bien ese idioma lo había reconocido al instante. Se prometió que a la vuelta echaría una buena ojeada a la enciclopedia americana para enterarse de más cosas sobre Benin, o Dahomey. Por el momento, sólo había algo que le rondaba por la cabeza. Algo relacionado con ese país.

Como si la joven le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—¿Está usted pensando en las mujeres guerreras, doctor?

—Pero, ¡no le llames doctor, así tan formalmente! —dijo su marido— Bob, llámale Bob. A menos, que tengas algún inconveniente tú, Bob.

—Ninguno. Llámame Bob, Myrte. Sí, exacto, eso era. En tu país

hubo Amazonas, ¿no?

—Se trataba de la guardia personal de los reyes, cuando los franceses colonizaron el país. Valían tanto como un hombre y más aún.

Tomó un nuevo sorbo de su bebida.

—Myrte hubiera sido una excelente guerrera, ¿eh, Myrte? —dijo Cockie—. Con una lanza y un escudo...

—Las guerreras llevaban espadas —respondió su mujer— Y pieles de leopardo.

—¿Alguno de sus antepasados lo fue? —preguntó Bob.

—Lo ignoro, pero es posible. Mi familia es muy antigua.

—Hablaban casi secamente. Era evidente que no le agradaban las palabras de su marido.

—Bueno, y a todo esto, no le has enseñado tus trabajos. Myrte es una tallista extraordinaria.

—Me tengo que marchar —dijo Musgrave—, pero vería con gusto alguna muestra, si a Myrte no le importa.

—Ven.

Los condujo a un piso alto, situado en una de las torres. Una habitación circular, convertida en taller. Había allí trozos de madera virgen aún y muchas tallas en las paredes. Eran máscaras, troncos, figuras enteras. Musgrave conocía poco el arte negro africano, pero le parecieron muy bien hechas y originales. Algunas de ellas sobre todo las de hombre, reproducían con gran fidelidad los órganos genitales masculinos.

—No soy un entendido, ni mucho menos, pero creo que son muy bellas —dijo.

—Myrte te regalará alguna, si quieres —ofreció generosamente Cockie.

—¿Cómo lo sabes? —respondió la muchacha— ¿No soy yo la que debe hacer el ofrecimiento?

—Bueno claro, pero yo...

—En ese caso déjame que sea yo quien lo haga.

Musgrave se sintió algo violento. Cockie había recibido una lección, pero él estaba en medio. No obstante, para su gran sorpresa, ella no intentó paliar la violencia ofreciéndole alguna de las tallas. Por el contrario, se dirigió hacia la puerta y los hombres la siguieron.

Musgrave se despidió en la puerta. Mientras estrechaba la mano de Myrte, le preguntó:

—Por cierto, ¿qué era eso que hemos comido con la bebida? No he reconocido el sabor.

—Serpiente —respondió ella sonriendo. Tenía unos dientes muy blancos, de colmillos agudos.

—Bromeas.

—No lo creas —intervino pesadamente Cockie Barony—. Es serpiente. ¿A qué estaba buena? Myrte sabe prepararlas muy bien.

—Pero eran dulces.

—Es una receta de mi pueblo —dijo ella.

—Pero sale cara, no por dinero, sino por la dificultad de encontrar serpientes adecuadas —insistió Cockie.

Musgrave sintió algo en la boca del estómago, pero trató de ocultarlo.

—¿Las coges tú misma, Myrte?

—No. Hay un hombre que lo hace por mí. Pero podría hacerlo si viera alguna.

Musgrave se despidió.

«Serpientes», pensó mientras conducía hacia la ciudad, y pensando si vomitaría o no. Pero el caso es que estaban muy buenas. «No hay que dejarse llevar por los mitos. Si los franceses comen patas de rana y los españoles caracoles, ¿por qué no se podrían comer serpientes?»

Recordó que en un restaurante sofisticado de New York había visto comer hormigas y otras cosas a ciertos «gourmets». Bueno, sea lo que fuere, ya las había probado y le habían gustado. Serpientes...

Volvió a su trabajo, pero seguía pensando en la muchacha. Le habían impresionado sus ojos verdes y su hermosísima figura. Consultó la enciclopedia americana y se informó sobre Benin. Ultimamente había habido varias revoluciones en ese país desde que Francia concediera la independencia en 1960 a su colonia. Las últimas al parecer, le habían hecho caer en una especie de socialismo o comunismo, no parecía muy claro. Pero era un país salvaje, con escasas ciudades y poco habitado.

Indudablemente era una chica culta y educada en Francia, según le había dicho Cockie. Hija de algún diplomático o algo así. Serpientes... ¿Por qué no sapos?

Esa noche soñó con una mujer muy alta, vestida con una piel de leopardo que cortaba serpientes en trozos con una espada muy ancha. Luego la mujer se dirigía hacia él y le decía que debía comer serpiente guisada, ya que era muy buena para la potencia sexual, como le demostraba enseñándole estatuas con inmensos órganos viriles.

Se despertó sudando.

Dos días después le llamó Edna Collinson para decirle que le enviaba un cheque si no deseaba ir a recogerlo él mismo esa noche. Le dijo que se lo enviara y le preguntó por su marido.

—Ya le han metido el cuchillo —respondió—. Un poco más y se

hubiera perforado lo que quiera que sea que tengamos dentro. Tiene usted buen ojo clínico, doctor, además de otras cosas.

—Costumbre, mistress Collinson. Simplemente costumbre. Cuando lo envíen a casa pasaré a verlo.

—Hágalo. Le daré un somnífero a mi enfermito y podremos charlar un rato.

Colgó un poco asqueado. Aquella mujer parecía no poder pensar en otra cosa. Haber huido de la viuda de New York para verse perseguido así, era demasiado. Tendría que ponerla en su lugar.

Al día siguiente fue Cockie el que le llamó.

—¿Por qué no vienes un día a comer? Además, no me encuentro muy bien. Molestias en el estómago.

—¿No será que comes demasiada serpiente dulce?

—Oh, no, eso apenas lo hago. De todas maneras no es nada grave. Nada que no se cure con un par de tragos.

—Bien, si te parece, iré mañana.

—Hazlo, sí. ¿Sabes que le causaste muy buena impresión a Myrte?

—Me alegro, pero en solamente media hora no creo que se cause demasiada buena impresión a nadie.

—Pues así es. Myrte no tiene muchos amigos. No... congenia demasiado con la gente de aquí.

—No me digas que hay prejuicios raciales entre artistas.

—No, hombre, al contrario. Creo que si hay algún prejuicio es por parte de Myrte. Pero ya se acostumbrará. Todo es cuestión de tiempo.

Musgrave lo dudaba, pero no dijo nada.

Fue a comer. A las siete de la tarde cuando ya los días se iban acortando y el otoño llegaba, el lugar era de una belleza que cortaba la respiración. Por un instante pensó si no podría vivir allí en lugar de en el piso aséptico que ocupaba. Pero no, estaba demasiado lejos de la ciudad y además el ambiente era... demasiado denso. Demasiados artistas o pseudoartistas.

Cuando se detenía ante la puerta, vio a Edna Collinson que venía andando y llevando con ella a los dos feroces doberman. Con ella iba otra mujer.

—¡Doctor! ¡No me diga que viene a verme!

—No, a Cockie, mistress Collinson.

—Vaya, ¿qué tendrá él que no tenga yo? Ah, sí a su salvaje. Bob no respondió. Estaba mirando a la compañera de Edna.

Era una muchacha de unos veinticinco años, de pelo rubio oscuro y ojos grises. Llevaba una larga falda hasta los tobillos e iba descalza. Una especie de blusa sin mangas y abierta, completaba su atavío.

—¿Mira a Jovanka? Quizá quiera que se la presente, pero no lo

haré, porque no me gusta la competencia desleal —dijo Edna.

—¿Jovanka? —preguntó Bob.

—Ese es mi nombre —respondió la otra—. Jovanka Street. Encantada, doctor.

—Lo mismo digo.

—¿Lo ven? Nada más verse y ya se han olvidado de mí. Bueno pues, vamos, chicos —dijo Edna dirigiéndose a los perros—. Si no ha venido a verme a mí, doctor, quizá quiera pasar después a tomar una copa a casa.

—Lo siento, no sé si podré.

—Estará Jovanka... tal vez.

—Repito que no lo sé. Depende de la hora en que deje a Cockie.

—Bueno, nosotras estaremos allí algún tiempo. Y habrá más gente, no debe temer encontrarse a solas conmigo, doctor.

Las dos mujeres se alejaron. Bob vio cómo los perros gruñían algo, y tiraban de sus traíllas. Se dijo que no le gustaría encontrárselos a solas por la noche y... sueltos. Parecían dos fieras salvajes.

Cockie lo pasó al salón.

—Myrte está arriba, trabajando. Cuando esculpe no hay nada ni nadie que la distraiga. Al principio de casarnos yo lo intenté, pero pronto aprendí que no es conveniente interrumpirla.

Le sirvió un whisky y Bob lo tomó. Estaba sediento.

—¿Cómo es que ella estaba en Francia cuando la conociste?

—Oh, es hija de un diplomático como te dije. En una de esas revoluciones de su país, decidió quedarse en Francia. Al enemistarse con el mandón de turno, se quedó allí casi sin dinero, y tuvo que poner un negocio. Un restaurante. Allí fue donde la conocí. Ella estudiaba arte.

—Ya. Y... ¿no desea volver a Benin?

—No me ha dicho nada. Tal vez algún día hagamos un viaje a esa tierra.

—He estado leyendo algo sobre Benin. Parece ser que sí, que las guerreras eran verdaderamente terribles cuando entraban en combate.

—Sí, eso tengo entendido. Pero no creas que ella cuenta muchas cosas de allá. Es más bien callada.

Bob dudó ligeramente antes de hacer una pregunta.

—Este... ¿os lleváis bien? ¿Sois felices?

—Pues... yo estoy muy enamorado, Bob, pero ella no es de las que demuestran sus sentimientos, no creas. Bueno, ya sabes que con las mujeres nunca tuve demasiada suerte.

—No lo sabía. Recuerda que hace mucho que no nos vemos.

—Bueno, así es. No creo que les guste demasiado. Cuando Myrte

me dijo que se casaría conmigo, puedes creer que me pareció que había tocado el techo de la felicidad. Y, bueno, nos llevamos bien. Ja, ja.

Su risa era ligeramente falsa. Bob no insistió.

—Bien, veamos qué son esas molestias gástricas.

—Poca cosa en realidad. A veces tengo mucha acidez y otras veces sudores fríos después de las comidas. Nada importante, te digo.

—¿Te ha visto algún médico?

—No, pero si quieres hacerlo tú...

—Pásate cualquier día por mi consulta, Cockie. Lo arreglaremos enseguida. ¿Calambres?

—Pues, ahora que lo dices, alguna vez.

—Lo dicho, pásate por allí y te haré un reconocimiento.

El mismo Bob no sabía por qué había hecho aquella pregunta. Se prometió hacerle una exploración a fondo.

—¿Comes mucho?

—Pues... a veces sí, pero no siempre.

En ese momento entró la muchacha negra.

—¿Te conformarás con una cena fría? — le preguntó a Bob después de estrecharle la mano.

—Me gustaría mucho. ¿Serpiente fría?

—No, cordero. ¿No te gustó?

—Pues, yo creo que sí. Pero hay que acostumbrarse a la idea. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Alguna máscara Benin, tal vez?

—No.

Myrte llevaba una especie de clámide corta que dejaba al descubierto sus brazos y sus piernas. Era amarilla y contrastaba con su oscura piel. Bob se dijo que era una de las mujeres más bellas que había visto en su vida y además tenía el atractivo de lo exótico. Había tenido amigas negras, pero todas ellas eran tan americanas como él y sólo cuando se trataba de la cuestión racial, si es que se trataba, salían a relucir palabras y gestos que recordaban su origen. Por ejemplo, cuando decía «Negro es bello», «blanco es feo».

Esta era distinta. Se movía con una gracia absoluta, como ahora, cuando fue al ventanal, lo abrió y colocó una mesita pequeña en la pequeña balconada que caía a pico sobre el río. El sol se ponía, envuelto en azules, violetas y rosados.

—Bella vista —dijo Bob.

—Lo es —respondió la negra escuetamente.

Se marchó y volvió con una fuente de cordero frío, en salsa, cortado en finas lonchas.

—¿Te gustaba más París que esto? — preguntó Bob.

—Son muy distintos. Por el momento prefiero esto.

—Y espero que lo sigas prefiriendo mucho tiempo, con el dinero que me he gastado aquí —dijo Cockie sonriendo bobamente. Una fría mirada de su mujer apenas le hizo efecto alguno. Era un hombre que no necesitaba a nadie para reír sus gracias. Se bastaba a sí mismo.

Cenaron. Cuando acabaron era de noche.

—¿Vas a trabajar más, querida? —preguntó Cockie.

—Hoy no. Hace un poco de frío, ¿verdad? ¿Queréis que encienda la chimenea?

En efecto el aire se había enfriado. La negra fue a la chimenea y la encendió. Se reunieron en torno a ella, con el café y el whisky en la mano.

—Edna Collinson me ha pedido que vaya a su casa. Parece que tiene una fiesta o algo así.

—Oh, ella siempre da fiestas. Lo que quiere es tener gente a su alrededor.

—¿Eres amiga de ella? —preguntó Bob a Myrte. Esta movió la cabeza negativamente.

—No. Es una imbécil.

—Myrte no tiene muchas amigas aquí, pero todo se andará —intervino Cockie.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, lo imagino, ja, ja. Es buena gente, aunque algo turbulenta.

—Una partida de imbéciles —respondió ella—. No hay entre ellos ni uno solo que valga el fuego para quemarlo.

—Supongo que eso será una expresión de tu país.

—Es una verdad, solamente.

Hubo un silencio. A lo lejos ladró un perro. Los leños chisporrotearon, y ahora Bob sintió calor.

—¿Vas a ir a casa de esa idiota? —preguntó de pronto Myrte.

—Pues... no lo sé. No me atrae la idea de una fiesta alcohólica. Al menos, no esta noche.

—Si quieres puedes quedarte a dormir aquí —ofreció Cockie—. Hay espacio suficiente.

Bob se sobresaltó ligeramente. No era un faldero, pero las mujeres siempre habían demostrado una gran afición por él. Myrte, no, por supuesto, aunque aún era pronto para decirlo, pero la idea de dormir en la misma casa que ella se le antojó... atractiva y al mismo tiempo repelente. Cockie era un buen muchacho, pero tonto perdido. No parecía decoroso hacerle alguna jugada, y eso aun en el caso de que Myrte quisiera colaborar. Y no parecía que quisiera, no al menos en este momento.

Estaba muy bella, con los rasgados ojos verdes muy abiertos en su oscuro rostro, contemplando las llamas.

—No, no —dijo—. Debo estar mañana temprano en mi consultorio. Y, a propósito, ¿cuándo vas a ir a que te haga un reconocimiento?

Myrte alzó los ojos hacia él. Estaba sentada en el suelo ante la chimenea.

—¿Le ocurre algo a Cockie, Bob?

—Unas molestias. Seguramente algo sin importancia pero, ¿por qué no echarle una ojeada?

—No me habías dicho nada, Cockie.

—No quise preocuparte.

—Hiciste mal. Bien, pero supongo que es problema tuyo.

—Claro, Myrte, lo es, aunque tampoco es un problema.

El perro ladró de nuevo.

—Debe ser alguno de los chuchos de Edna —dijo Cockie—. Son unas fieras terribles. Y, ¿sabes, Bob? No parecen querer mucho a Myrte.

—A nadie, Cockie.

—Bueno, pero contigo... Por regla general gruñen a la gente, y le sacan los dientes, pero con Myrte es distinto. Parece como si le tuvieran miedo.

—A lo mejor les he pegado a escondidas —respondió la muchacha. Luego sonrió enseñando los blancos dientes—. Reconocen quizá al salvaje que soy en realidad.

—No digas eso, Myrte, no digas eso. ¿Qué pensará Bob?

—Bob piensa que tiene que marcharse —respondió el médico poniéndose en pie.

—Hombre, es muy temprano.

—No para los que madrugamos. Además, aprovecho la noche para leer.

—¿Novelas? —preguntó Myrte.

—No, libros de medicina. ¿Por qué novelas?

—No lo sé. Lo pensé sólo. Bien, adiós, Bob.

—Adiós.

Cockie le acompañó hasta la puerta. Bob había esperado que lo hiciera la muchacha y se sintió absurdamente decepcionado. Pero ella no se movió de junto al fuego.

—No le hagas mucho caso —dijo Cockie—. Es un poco rara, ya sabes.

—Sí, no te preocupes, hombre. Y vete al consultorio cuando quieras. Cuanto antes, mejor. Esas cosas se cogen pronto y nos las quitamos de encima.

—Lo haré, lo haré, adiós, Bob. Lamento que no te quedes. Me

gusta charlar contigo.

Las calles de la colonia estaban apenas iluminadas. Sólo los faroles individuales de la casa, y algún que otro reverbero. Se cruzó con varias personas, casi todas emparejadas, que caminaban por las aceras. Se oía rasguear una guitarra y música. También a alguien que cantaba en uno de los jardines.

Al llegar a la casa de los Collinson, detuvo el coche. ¿Por qué no? Bajó y al instante oyó el pesado correr de los perros, que llegaron a la verja y se detuvieron, gruñendo.

Había visto un timbre junto a la verja. Lo pulsó y un momento después Edna Collinson llegó. Cogió las cadenas de los perros y los sujetó.

—Hola, doctor. ¿Se decidió por fin a venir?

—Pasaré un momento si esas fieras me lo permiten. ¿No ha tenido problemas con ellos?

—Una vez. Mordieron a un vagabundo, pero John consiguió sujetarlos a tiempo. Tuvo que pagar bastante para que el asunto no fuera al tribunal. Pero pase, no hay peligro ahora.

Le abrió la puerta. Bob Musgrave miró a los perros con desconfianza. Pero ahora parecían tranquilos.

CAPITULO 3

HABIA cinco personas en el gran salón. Una de ellas era Jovanka y las otras Edna y tres hombres.

—No acostumbro a hacer presentaciones enojosas —dijo Edna—. Todos amigos y a abreviar, cual conviene. ¿Qué toma, doctor?

—Whisky, si lo hay.

Los tres hombres eran casi intercambiables. Camisas de franela, barbas y ademanes desenvueltos. Bob no les hizo apenas caso. Estaba mirando a Jovanka, la cual se había quitado las largas faldas y su blusa abierta y vestía botas altas, falda muy corta y un suéter verde. Tenía un tipo verdaderamente turbador.

Se le acercó.

—Hola, doctor. ¿Cómo es que se decidió a venir?

—No lo sé. ¿Vive usted aquí?

—Sí, un poco más allá.

Edna había puesto un disco y bailaba con uno de los barbudos. Los otros dos charlaban, mientras intercambiaban una botella.

—¿Artista? —preguntó Bob.

—Intento escribir. Algunas veces sale y otras no. Casi siempre es no.

—Vivir aquí no debe ser nada barato.

—No es dinero lo que me falta. Mi padre lo tiene, y tanto que no sabe cuánto. El lo paga todo.

—¿Ha publicado algo?

—Sí, algunos poemas. Podría pagarme yo misma las ediciones, pero eso no es conveniente para un artista. «Tiene» que haber alguien que se lo publique a uno.

—Me gustaría leer alguno.

La muchacha lo miró con los ojos semicerrados.

—Casi todos los hombres intentan acercarse a mí a través de mis poemas. Lo que les importa es otra cosa.

—¿Piensa que yo quiero hacer lo mismo?

—Pienso que sí. Es una táctica como otra cualquiera.

—Lamento que piense eso. Pero con no darme a leer sus poemas, o indicarme simplemente el lugar en que han sido publicados, la cosa se aclara.

—No lo crea. Conozco bien la táctica. Luego querría consultar mis poemas conmigo, y acabaría por intentar atraerme a su opinión besándome o dejando libres las manos.

Edna se acercó. Cuando llegó junto a ellos, los miró con desagrado.

—¿Hablando de poemas, queridos?

—Miss Street cree que todo el mundo que los lee tiene intenciones

secundarias.

—Y es verdad. A veces creo que Jovanka los escribe precisamente para que los hombres acudan.

—No necesito recurrir a eso, Edna. En cambio tú sí con tus «sinfonías visuales».

—Bueno, ya empezamos. Pero al menos yo lo reconozco. Si los hombres me atraen, ¿qué le voy a hacer? Doctor deje a esa pajarita de las nieves y venga conmigo a charlar un rato.

—Debo marcharme.

—¿Tan pronto? Vamos, usted bromea.

—Yo...

—Por cierto, ¿qué le parece la salvaje?

—¿A quién se refiere?

—¿A quién va a ser? A la zulú o lo que sea.

Uno de los barbudos se acercó. Era un hombre alto y fuerte, pero Bob se dijo que tras de aquel matorral probablemente se ocultaba un mentón débil..

—¿Habláis de Myrte? ¡Eso es una mujer!

—Te comería, querido. ¿No te has fijado en los dientes que tiene? Además, Elm, ese plato no es para ti. Aunque no se puede decir que su marido la vigile mucho.

—Bah —dijo Elm muy satisfecho—. No quiere nada con vosotros, pero sabe apreciar el verdadero arte.

Bajó ligeramente la voz.

—Si no fuera porque soy la discreción en persona, os diría una cosa.

—Vamos, vamos, cuenta —pidió Edna con los ojos brillantes.

—La otra noche fui a pedirle una gubia, diciéndole que había roto una de las mías. Estuve hablando con ella de París. Y podéis creerme: estaba encantada de tener a alguien con quien conversar. Cockie es tan... insípido...

—Cuidado, Elmer, el doctor es un antiguo amigo de Cockie.

—En efecto —dijo Bob, molesto—. Y de su mujer ahora.

—Hombre, «doc», yo no he dicho nada.

—Me alegro —respondió Musgrave secamente—. Lo siento, tengo que marcharme.

—Yo me voy también —dijo Jovanka—. No hace falta que salgas, Edna, yo sujetaré a los perros.

—Hasta la vista, «doc», pero ya que llegó hasta aquí, recuerde el camino.

Salieron los dos. Cuando llegaron hasta los perros éstos retrocedieron tratando de alejarse.

—¿Qué les ocurre? —preguntó Bob.

—No me quieren mucho, pero saben que no les temo, eso es todo

—respondió la muchacha.

Salieron a la calle, débilmente iluminada. Una luna redonda, llena, salía por oriente con un tono rojizo.

—Luna llena —dijo Bob.

—Sí —respondió ella.

—¿Quiere que la lleve?

—Vivo a dos pasos. En esa casa colonial que hay en la esquina.

Bob se preguntó si le invitaría a beber algo, pero la muchacha permaneció callada. El médico le alargó la mano.

—Ya nos veremos —dijo.

—Cuando quiera, doctor.

—Dispense, pero Jovanka, ¿es su nombre verdaderamente?

—Sí. Mis padres procedían de Yugoslavia. Cambiaron su apellido por el de Street, pero en realidad es Stranovic. No obstante me pusieron a mí Jovanka. Es muy común allí.

Bob subió al coche y agitó la mano. Ella le imitó desde la acera. Lo último que el hombre vio fueron sus hermosas piernas, enfundadas en las altas botas.

Edna, malhumorada, se volvió a Elmer.

—¿Qué diablos estás intentando decir? ¿Que la salvaje y tú...?

—No he dicho nada de eso —respondió el otro satisfecho—, Tenemos aficiones comunes, eso es todo.

—Oh, lárgate, fatuo. Y no has debido hablar ante el doctor. Es amigo de ellos. Podría decirle a Cockie que te vanaglorias.

—Oh, Cockie, es inofensivo.

—Vete al diablo. Y se acabó la fiesta. No olvidéis de que mi pobre John está en el hospital sufriendo, sin poder beber ni comer.

Los tres hombres, riendo, se dirigieron a la puerta. Edna, aún cejijunta, fue con ellos por el jardín. Los perros gruñían y uno de ellos aulló de pronto.

—¿Qué te pasa? —preguntó su dueña—. ¿Estás loco o qué?

Los tres hombres salieron. Elmer se separó de los demás un poco más allá. La luna había perdido su color rojo y ahora era un disco de plata.

—Como un dólar recién acuñado —dijo Elmer. Estaba un poco borracho. Vivía en uno de los hoteles que daban al parque. Caminó canturreando, pensando en Myrte. Era mentira que hubiera estado con ella hablando de París. En realidad se había limitado a pedirle la gubia y ella le había dicho que no prestaba las herramientas. El intentó hablar de París, pero la negra le cerró la puerta enseguida.

—¡Qué mujer! —dijo a la luna—. ¡Qué mujer! Sensual, exótica, misteriosa... y casada con un imbécil. Hay hombres que nunca sabrán la suerte que tienen.

Oyó el lejano aullido de uno de los doberman. Era un aullido extraño, como... como si el animal tuviera miedo. Un momento después el otro perro se le unió, con un lamento parecido.

Entre los vapores alcohólicos, Elmer creyó oír un ruido tras de sí, en lo alto. Se volvió. Estaba pasando ante una alta tapia de ladrillos, sobre los que se descolgaba la hiedra. La casa, detrás de la tapia, estaba vacía. Hacía unos meses que sus dueños se habían marchado de Artistown.

Entre la hiedra le pareció observar un movimiento.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Qué tontería. Probablemente algún gato vagabundo. Había bastantes en la colonia.

Sí, en efecto. Un gato. Vio dos ojos amarillentos brillantes, escondidos entre el verde.

—Minino —llamó.

Los ojos desaparecieron un instante. Cuando volvieron a aparecer, estaban más cerca. No, no parecían los ojos de un gato. Eran más grandes, más...

Elmer sintió que se le despejaba la borrachera. Retrocedió dos pasos, hasta que sus pies dejaron la acera.

La cabeza que acababa de aparecer sobre la tapia no era la de un gato. Era negra, sí, pero mucho más grande.

—¿Qué es eso? —preguntó Elmer, asustado.

Ahora, a la luz del reverbero que había un poco más allá, pudo ver el cuerpo grande, negro, sinuoso, brillante, que se movía sobre la valla. Una cola larga azotaba las hojas de la enredadera.

—¡Jesucristo! —dijo Elmer.

Dio media vuelta y echó a correr. Tras él, el cuerpo saltó como si lo hubiera impulsado una ballesta. Un salto enorme.

Los brazuelos hacia delante y las patas tensas hacia atrás. Pero cuando cayó encima de Elmer, todas las patas estaban juntas ya, en haz y las garras se clavaron en la espalda del hombre.

Este gritó agudamente una sola vez. Al instante, las fauces se cerraron en su cuello y el grito murió en un gorgoteo. Los dos cuerpos rodaron por el suelo, pero el animal se colocó sobre su presa. No había soltado el bocado.

El animal apretó las fauces, con la boca llena de los pelos de la barba. Luego, al cabo de unos instantes soltó. Alzó la cabeza y un profundo, ronco maullido salió de su garganta.

Una ventana se abrió un poco más allá.

—¿Quién grita? —preguntó una voz de mujer.

El animal miró en aquella dirección. Luego, con las zarpas desgarró la camisa del hombre mientras lamía la sangre que se escapaba de la cortada arteria.

—¿Alguien gritó? —repitió la mujer.

Silencio. El animal continuó su labor. Por último, pasados casi cinco minutos, oyó pasos. Volvió las orejas hacia el fondo de la calle y abandonando su presa, de un solo salto, salvó la tapia.

Las hojas de la enredadera se movieron a su paso y luego quedaron tranquilas en el aire en calma de la noche. A lo lejos, los doberman aullaban sin cesar.

—Quieto, «Chung» —dijo una voz de mujer—. Vamos, vamos, ¿qué te pasa, chiquitín mío, amor?

La mujer dobló la esquina. Llevaba entre los brazos un pequinés que gemía e intentaba escapar de ellos.

La mujer vio el cuerpo tendido en el suelo.

—Si no es más que un borracho, «Chung» —dijo acercándose algo más. Y entonces vio la mancha que se extendía en el suelo. A la luz de la luna vio su color rojo—, Pero... ¡Socorro!

Con la sorpresa dejó escapar al perrillo, que cayó al suelo y se metió entre sus piernas, haciéndola caer. De rodillas pudo contemplar la cara de Elmer, vuelta hacia arriba, y su garganta desgarrada.

Volvió a gritar, y trató de incorporarse.

—¡Es horrible!... —dijo. Y lanzó un alarido. Y otro, y otro, hasta que de la casa vecina salieron dos mujeres y un hombre.

* * *

Bob Musgrave cogió el teléfono. Reconoció la voz al instante.

—¡Bob! —dijo Cockie—. ¿Te has enterado ya?

—No sé a lo que te refieres.

—Han matado a un hombre aquí, en la colonia. ¡Horrible! ¡Lo han desgarrado!

—¿Un hombre?

—Escucha. ¿Estuviste en casa de Collinson?

—Sí, pasé un momento por allí.

—Pues uno de los que estuvieron. Elmer Richards. Lo han... lo han desgarrado.

—¿Uno al que llamaban Elm?

—El mismo. ¡Horrible, palabra! Lo han desgarrado...

—¿Con un cuchillo?

—¡No! Parece... bueno parece como si hubiera sido una fiera. Un animal.

Bob miró el reloj. Eran las dos y media de la mañana. Hacía menos de una hora que dejó de leer y ya dormía cuando el teléfono sonó.

—Bueno, pero, ¿qué animal?

—Ah, no lo sabemos. La policía llegó y creo que van a interrogar a todos los que estuvieron aquí.

—¿Los perros de Edna Collinson? —preguntó Musgrave.

—No lo saben.

—Bien, esperaré a la policía. ¿Estáis bien Myrte y tú?

Oh, sí. Asustados, diablos, pero bien.

Bob colgó. ¿Un animal? Los perros de Edna eran muy capaces de hacer una cosa así.

El teléfono sonó de nuevo. Una voz de hombre le preguntó si era el doctor Musgrave. Respondió que sí.

—Doctor, usted estuvo esta noche en casa de Collinson, en Artistown, ¿verdad?

—El señor Collinson es mi paciente y lo envié al hospital para que lo operaran. Esta noche después de visitar a un amigo pasé por su casa para ver cómo seguía. ¿Por qué?

—Un detective irá por su casa, si no le molesta, a hacerle unas preguntas.

—Está bien.

El detective llegó poco después. Eran un hombre joven, con lentes.

—¿El doctor Musgrave? Soy Mitchell, de la Jefatura de policía. Le anunciaron mi visita.

—Sí. Pase. ¿Quiere tomar un café? Estaba preparándome uno.

—Gracias. ¿Le han dicho lo que ocurre?

—No.

Tomaron el café. El detective dijo:

—Mataron a un tipo en la colonia de artistas. Un tal Elmer Richards. Usted lo conocía, ¿verdad?

—Lo he conocido esta misma noche. Estaba en casa de la señora Collinson. No lo había visto antes. ¿Quién lo mató?

—No lo sabemos. En realidad es al sheriff del condado al que le corresponde la investigación, pero nos pidió ayuda a nosotros. Al hombre lo mataron desgarrándole el cuello y el cuerpo. Parece obra de un animal. Quiero saber si usted oyó o vio algo en casa de la señora Collinson que pudiera servirnos de ayuda.

—Nada. Allí había varias personas, que bebían y escuchaban música. Entre ellas estaba ese Elmer. Un tipo con barbas, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Yo no lo he visto.

—¿Un animal, entonces?

—Pudiera ser, pero hasta que le hagan la autopsia, no creo que sepan gran cosa.

—Bien, la señora Collinson tiene dos perros enormes, dos

verdaderas fieras o al menos lo parecen. ¿No habrá sido alguno de ellos?

—Los perros, al parecer, estaban en el jardín de la casa. Y al hombre lo mataron más allá. Bien, doctor, si no tiene nada más que decirme, me iré. Gracias por todo.

Terminó su café y se marchó. Bob lo pensó unos instantes. A la mañana tenía que atender su consultorio, pero por su gusto hubiera ido a Artistown para saber qué diablos había ocurrido allí.

A la mañana siguiente tenía cinco pacientes en la consulta, por lo que a las doce y media terminó con ellos. Se detuvo en un «snack» para tomar un «sandwich» y un vaso de leche y tomó su coche.

Cuando llegó a la colonia vio que las calles estaban llenas de gente. Incluso había muchas personas que no parecían ser habitantes habituales y que miraban todo con atención y sacaban fotografías.

La calle donde vivían los Collinson estaba cortada por un control policíaco formado por varios automóviles de la oficina del sheriff.

Detuvo su coche y caminó por la acera. Había bastante gente. En el suelo habían pintado con tiza una silueta humana y había tanta sangre ya seca, que aún no habían intentado limpiar. Media docena de agentes impedían el paso al público.

Edna, en la puerta de su jardín, le hizo señas de que se acercase. Estaba pálida y despeinada.

—Doctor —dijo—, ¿Por qué no les dice a esos esbirros que mis perros no han podido hacer una cosa semejante? Se los quieren llevar.

Un agente, con una pistola, salió del jardín.

—Señora —dijo con voz cortés, pero firme—. He llamado al furgón para que se lleve a los perros.

—¡Pero ellos no han sido! ¿No lo ve, hombre?

—Sólo veo que son muy grandes y gruñen como lobos —respondió el agente, que lucía en la manga los galones de sargento—. Y que un hombre ha muerto mordido por algún Animal o cosa así. Lo siento, pero tendrán que llevárselos.

—¿Para matarlos, idiota?

—No, señora, no al menos hasta que se sepa lo que en realidad ha ocurrido.

—¡Si les ocurre algo a los perros reclamaré daños y perjuicios a quien sea! —chilló Edna.

Jovanka venía por la acera vestida con sus largas faldas, una blusa verde y chaleco de cuero.

—Hola, doctor —dijo—. ¿Ya se ha enterado?

—Sí — Bob se volvió al sargento—. Soy el doctor Musgrave. ¿Quién es el forense?

—El doctor Thomas. ¿Lo conoce?

—Creo que me lo presentaron. ¿Podría verlo?

—Está en el depósito examinando el cuerpo. Señora, lo siento, pero espero que no ponga impedimentos cuando venga el furgón. Naturalmente le daremos un recibo por los perros.

—Voy a ver a Cockie —dijo Bob—. Luego la veré, Edna, por si necesita algo.

—¡Lo que necesito es que alguien le diga a esta gente que mis perros no han podido hacer una cosa así! ¡Eso es lo que necesito! Bob echó a andar y Jovanka se puso a su lado.

Cockie, con la cara encarnada por haber tomado el sol, estaba en la puerta de su jardín.

—Ah, Bob, pasa. Myrte está dentro trabajando. Hola, Jovie. Pasa, también. Horrible, ¿verdad? ¿Lo viste?

—No. Sólo cuando se lo llevaban.

—Pobre Elmer. Creo que lo habían destrozado. Pero, ¿quién ha podido hacer una cosa así? Necesito un trago y vosotros supongo que también, ¿verdad?

—Un trago vendría bien —asintió Bob.

Entraron en la casa. Bob miró a su alrededor.

—Myrte está trabajando — repitió Cockie.

—¿No se lo impide todo este alboroto? —preguntó Jovanka.

—Nadie le impide trabajar cuando quiere hacerlo. Ni siquiera el hundimiento del mundo. Es así —dijo Cockie un poco a la defensiva.

Myrte abrió la puerta y entró. Llevaba una amplia blusa y una gubia en la mano. La blusa era blanca y su tez, sus brazos y piernas destacaban fuertemente contra la albura de la tela.

—Hola, Bob. Hola, Jovie —dijo.

Se acercó al médico y le alargó la mano. No intentó estrechar la de Jovanka, ni ésta alargó la suya.

—Les decía —dijo Cockie tontamente— que cuando trabajas...

—Cuando trabajo, trabajo y eso es todo —respondió ella secamente.

—¿Aunque maten a alguien casi a la puerta de tu casa?

—preguntó Bob.

—Eso es algo que no me interesa.

—Los perros, debieron ser los perros, que se soltaron y atacaron a Elmer —dijo Cockie—. Dicen que Elmer tenía desgarrado el

cuello y el pecho. Horrible, sencillamente horrible, ¿no creéis?

—No he visto a los perros —intercaló Bob—. Pero lo primero sería mirar si tenían sangre en las fauces y en las uñas. Trataré de enterarme preguntando al forense. Lo conozco. Me lo presentó el doctor Keats.

—¿Y por qué los perros iban a atacar a Elmer? —preguntó Myrte—. Lo conocían.

—Esos animales están adiestrados para atacar —respondió Jovanka—. Los enseñan desde que son pequeños. Bien, yo me voy.

—La acompaño —respondió Bob—. Tengo que volver a la ciudad.

—¿No te quedas a comer? —preguntó Myrte.

—No, lo siento, he de volver.

—Como quieras.

Salieron acompañados de Cockie. Volvieron a pasar por el lugar en que habían matado a Elmer. Había más gente aún.

Cockie se quedó hablando con uno de los policías.

—¿Puede llevarme a la ciudad? —preguntó Jovanka—. No me gusta todo este bullicio.

Cuando subieron al coche, Bob se dio cuenta de que las manos de la muchacha temblaban.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Únicamente que me molesta el ruido y la gente. No lo puedo evitar.

Salieron de Artistown y descendieron para alcanzar el valle del río. Una caravana de automóviles se volcaba hacia la colonia. La noticia había corrido como un reguero de pólvora.

—Si viene hasta mi consultorio le daré algún tranquilizante

—dijo Bob.

—No lo uso nunca.

—¿Está asustada?

—Un poco, lo reconozco. Podría haber sido cualquiera de nosotros al que atacaran los perros. Yo misma, por ejemplo.

—O yo. La comprendo. De todas formas, venga. Le daré algo.

En el consultorio tomó una cápsula y se la dio con un poco de agua. La miró antes de tomarla.

—Si no toma alcohol en unas cuantas horas mejor —le advirtió Bob—. Me refiero a alcohol fuerte.

Se sentó en una silla. Sus manos temblaban de una manera extraña.

—Esos perros —dijo—. Son fieras terribles.

—Pero a usted no la asustaron anoche. Por el contrario, parecían apartarse de usted.

—Y no les temía, pero lo que han hecho... Bueno, no hablemos

más. Doctor, ¿qué le parece Myrte?

—Pues... no tengo opinión formada. La he visto tres veces con la de hoy. Pero parece que no encaja bien en la colonia, ¿verdad?

—No.

El teléfono sonó.

CAPITULO 4

ERA Edna, de nuevo.

—¡Doctor, se han llevado a mis perros!

—Pero usted ya lo sabía, señora Collinson. Lo siento, pero no puedo hacer nada. Si se demuestra que no han sido ellos, se los devolverán.

—Ya sé que no puede usted hacer nada por ellos. Pero, ¿no podría venir a mi casa? Me encuentro muy mal.

—¿Qué le ocurre?

—¡Los nervios! ¡Mordería a alguien! —hubo un silencio un poco tenso—. No quise decir eso doctor, por supuesto, claro que no, pero, ¿no podría recomendarme algo?

—Sin verla, no. Procuraré pasar por ahí más tarde. Procure tranquilizarse.

Colgó antes de que ella siguiera hablando. Se volvió a Jovanka.

—Quiero ir a ver al forense. ¿Viene conmigo? Después podría llevarla a la colonia.

Ella se levantó y le procedió. Sus redondas caderas movían airoosamente la larga falda. Llevaba sandalias. El pelo, rubio oscuro, le caía por la espalda en una pesada trenza.

—El año pasado estuve en Yugoslavia —dijo Bob mientras salían—. Es un hermoso país.

—Voy a él de vez en cuando —respondió ella—. Sí, es un hermoso país. Sobre todo Montenegro.

—Pensé que le gustaría más la costa dálmata.

—Prefiero las montañas. El mar me atrae poco.

El depósito estaba junto a la jefatura de policía. Musgrave se anunció a un conserje y poco después el doctor Thomas salió, secándose las manos.

—¿Musgrave? Encantado de volverle a ver. ¿Qué le trae por aquí?

—Quisiera hablar un momento con usted, doctor, si no está ocupado.

—En este momento terminaba la autopsia e iba a hacer el informe para la policía. ¿Quiere verlo?

Musgrave hizo una seña indicando a Jovanka.

—Yo puedo esperar aquí —dijo la muchacha.

—Sí, no es un espectáculo agradable —replicó Thomas—, Venga, Musgrave.

En efecto, no era un espectáculo agradable, aunque Musgrave, por su práctica de hospital estaba acostumbrado.

—¿Qué ha sacado en conclusión, doctor?

—Un animal de gran tamaño. Le desgarró las arterias y la yugular, y le abrió el pecho. Mírelo.

Musgrave examinó las heridas. Una duda se abrió paso en su mente.

—Esto no parece obra de un perro —dijo.

—¿Un perro? —preguntó Thomas—. Ni hablar. Esto lo ha hecho un animal con garras. Un felino, diría yo. Y así lo haré constar en el informe. Mire esas desgarraduras. Están hechas por uñas muy grandes. Y principió a devorarle el hígado. Las dentelladas son también de un felino, no de un canino. Yo diría que un felino de gran alzada.

Alzó una mano en el aire.

—Y que no me pregunten qué hacía un felino de gran alzada en ese lugar, porque responderé que ni lo sé ni es cosa mía averiguarlo, sino de la policía.

—Un felino de gran alzada —dijo Musgrave atónito—, ¿Sabe usted si hay pumas en las cercanías?

—No lo sé. Sé que hubo, pero en otras épocas. Ya no son tan comunes en el Oeste, aunque aún quedan bastantes parejas. Lo cierto es que no lo sé.

Cuando salieron, un hombre con uniforme y una estrella en la camisa, estaba en el vestíbulo.

—Hola, «doc». ¿Algo nuevo?

—Sí, le tendré el informe tan pronto como me sea posible. Pero le voy a adelantar una cosa: busque a un felino de gran tamaño antes de que le sirva otro fiambre como este.

El sheriff lo miró con los ojos muy abiertos.

—Mis hombres me han hablado que algo raro ocurría con ese infeliz. ¿Está seguro, doctor? ¿Nada de perros?

—Nada de perros, sheriff. Un gato grande.

El sheriff se precipitó hacia afuera. El coche oficial estaba parado junto a la acera. Cogió el radio teléfono y comenzó a hablar.

Cuando acabó se volvió hacia ellos.

—Va a haber mucho ruido con esto. Tal vez haya que evacuar la zona. Por lo pronto voy a dar una buena batida. Necesitaré todos los hombres de que dispongo y aún tendré que llamar al servicio de guardabosques.

—Hágalo cuanto antes —respondió el forense.

Se volvió a Musgrave.

—Creo que debemos tomar una copa. La necesito.

—Lo siento, doctor, pero acompañaré a miss Street hasta la colonia.

Subieron al coche. Antes de arrancar, Bob puso una mano sobre el brazo de la joven.

—¿Asustada?

—¿No lo estaría usted?

—Confieso que sí. ¿Qué piensa hacer, señorita Street?

—Oh, llámeme Jovanka.

—De acuerdo. ¿Qué piensa hacer, Jovanka? ¿Puede dejar su casa? Dentro de poco eso va a ser un hervidero de policías, registrándolo todo. Y es lógico. Hay que encontrar a ese animal. Puede matar de nuevo. Tengo entendido que cuando un gato como esos prueba la sangre humana desea matar de nuevo.

—Supongo que sí —respondió ella—. Sí, tengo donde ir, pero no deseo dejar mi casa. Después de todo, cerrando bien las puertas y no saliendo de noche... supongo que no habrá peligro. Al menos no mucho.

—Como quiera, pero creo que debería... bueno creo que todos deberían alejarse hasta que lo hayan encontrado.

La colonia era un hervidero, en verdad. Estaban llegando más coches de la oficina del sheriff e incluso de la jefatura de policía. Vieron varios hombres armados de rifles potentes y con mirillas telescópicas.

La salida de la colina estaba cerrada por varios autos, con hombres armados.

Bob acompañó a la joven hasta su casa. Era un hotelito pequeño, en medio de un jardín cuidado. Un hombre armado con una pistola, les salió al paso.

—¿Vive aquí? —preguntó a Bob. El médico le señaló a la joven.

—Señorita, tengo que registrar su casa. Ya sabe que...

—Lo sé. Pase.

Ella abrió con su llave. El detective pasó de una habitación a otra siempre con la pistola en la mano. Bob y la joven iban con él.

—¿Tiene usted bohordillas o sótano?

—Ni una cosa ni otra. Sólo esta planta baja.

—Bien, parece que no hay nada. Me ha dicho uno de los guardabosques que esos animales tienen un olor muy fuerte. Yo no noto nada.

—Ni yo —respondió Bob.

—Señorita, si se va a quedar aquí, cierre las puertas y las ventanas. Vamos a dar una batida.

Se marchó.

—¿Quiere beber algo? —preguntó Jovanka al médico.

—Whisky, si lo tiene. Pero un poco nada más. No he comido apenas.

—Puedo prepararle algo en un momento. Hay carne en la nevera.

—No, no se preocupe. Quiero acercarme a casa de Cockie.

Ella lo miró. Tenía ojos grises, muy separados hacia las sienes.

—¿Tiene mucho aprecio a Cockie?

—Sí, bastante. Fuimos condiscípulos —respondió él vagamente.

—Y a su esposa, ¿no?

—Ya le dije que apenas la he visto.

—Es muy bella, ¿verdad? Todos los hombres de la colonia lo dicen. Y todos ellos engañarían a ese pobre Cockie si pudieran.

—Supongo que sí. Pero no pienso en ella en ese aspecto.

—Serás el único. Supongo que ven en ella algo exótico. Extraño.

Hizo una pausa. Tenía en la mano un vaso con agua.

—Y peligrosa, si a eso vamos. ¿Sabes lo que le ocurrió a Johnnie Christo?

—No sé siquiera quién es Johnnie Christo.

Christóforos. Un pintor griego. Vivía en la casa de al lado de Cockie. Un hombre de esos que las mujeres persiguen y que se dejan perseguir por ellas con mucho gusto. Cuando vio que Myrte no le hacía caso, se irritó. Supongo que sería también algo de amor propio. Un día intentó abrazarla, en una fiesta.

—¿Estabas tú delante?

Jovanka asintió.

—Myrte lo abofeteó y luego lo lanzó al suelo con alguna clase de llave. La sujetaron cuando quería clavarle un tacón en la cara.

—¿Qué es lo que piensa usted de eso?

—Pienso que Myrte no está civilizada. Ahí la tiene: no se trata apenas con nadie, ni lo intenta siquiera. Parece como si nadie le importara, y trata a Cockie como si fuera su perrillo.

—¿Piensa usted que es aún una africana sin pulir?

Jovanka se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? Ha estudiado en París, la carrera de artes, creo. Su padre es un diplomático más francés que otra cosa, según dice, pero... ahí lo tiene.

Bob terminó su bebida.

—Bien, tenga cuidado. ¿No se va, por fin?

—No lo creo. Me gusta el lugar, y me gusta mi casa. Aquí cuando quiero tengo tranquilidad para escribir... No, creo que no me marcharé.

Cuando Bob salió de la casa vio que había mucha gente que sí se marchaba. Algunos automóviles, cargados hasta los topes, se llevaban a sus propietarios. Los policías del sheriff dirigían el tráfico, entraban y salían de las casas, siempre armados y con aspecto vigilante.

El médico vio al sheriff entre un grupo y se acercó a él.

—¿Encontraron alguna pista, sheriff?

—Ninguna, pero lo hallaremos. Va a llegar un experto en pumas. Viene desde Arizona en avión. Lo que no comprendo es...

—No me llame entrometido, sheriff, pero, ¿han investigado si hay circos en los alrededores, circos de los que se haya escapado

alguna fiera últimamente?

—Es lo primero que hicimos, doctor. Conocemos nuestro trabajo. No, el circo más próximo está a doscientas millas, y todas sus fieras a buen recaudo. No obstante seguimos enviando mensajes a todos los circos del estado. Pronto sabremos si algún gato se les ha escapado.

Bob caminó hasta la casa de Cockie. Encontró a éste limpiando una escopeta de caza.

—Te ha llegado la psicosis, ¿eh?

—Hay que estar prevenido, Bob. Y voy a comprar otra para Myrte. Cada uno de nosotros estará armado a partir de ahora.

—¿Sabes algo sobre felinos?

—Pues... no mucho.

—Yo sí —dijo una voz desde la puerta.

Myrte había entrado silenciosamente. Esta vez no llevaba su blusa de trabajo, sino una falda y un suéter ligero que se amoldaba a sus curvas. Bob, tragando saliva, se dijo que comprendía a aquel Christo en cierto modo.

—¿Los viste en Dahomey? —preguntó el médico.

—En Benin, si te es igual. Sí, allí hay muchas panteras y leopardos y algún que otro león, aunque de estos menos. Yo vi en una aldea del norte lo que hizo un leopardo con dos niños y no era muy agradable. Pero no sé cómo serán los gatos de aquí.

—No llames gato a eso —dijo Cockie—, Por favor.

Myrte lo miró sin responder.

—Bueno, ahora que estás aquí, me acercaré para ver lo que ocurre —dijo Cockie, violento—, ¿No te importa quedarte un rato con Myrte, Bob? No quería dejarla sola.

—No, no, por supuesto. Me quedará un rato.

Cockie salió con su escopeta bajo el brazo.

—Míralo —dijo Myrte—. Se imagina ser John Wayne en Hatari. No le falta más que las ropas de campaña.

—Hace lo que cree que es su deber —dijo Bob un poco secamente—. Desea protegerle. Y no le creo un cobarde.

Por primera vez desde que la conocía, Bob la vio reír. Tenía una boca bellísima, con dientes muy blancos aunque los caninos eran quizá un poco largos.

—Ni yo, pero, ¿qué sabe él de animales salvajes? No hablemos más de Cockie. Vamos a tomar algo.

Lo llevó hasta la cocina. Abrió el refrigerador y sacó carne fiambre y encurtidos. Lo puso en un plato y se lo mostró. Pronunció unas palabras en un lenguaje desconocido para Bob.

—¿Qué has querido decir?

—Una frase de salutación en yoruba. Es una de las tribus más

importantes de Benin. Mi familia procede de ella. Significa que los alimentos te complazcan tanto que vuelvas por mi casa.

—Volveré, no te preocupes, aunque me des serpiente para comer. No tienes muchos amigos, ¿verdad?

—¿Ya te han contado chismes? No, tengo muy pocos si es que tengo algunos.

—¿Prejuicios raciales? Quiero decir por tu parte.

—Ninguno. Prejuicios intelectuales, en todo caso. Esas gentes se creen artistas sólo con ponerse un par de trajes raros y pintar una mala puesta del sol. ¿Qué saben lo que es un verdadero artista? Ni el arte. Oh, dejemos la conversación.

Las últimas frases las había pronunciado el francés. Bob le respondió en la misma lengua.

—¿Tú si lo sabes, Myrte?

—Lo hablas bien, y me alegro. Me gusta ese idioma. Si, sé lo que es el arte. Como lo siente mi pueblo, y si no contempla cualquier exposición de arte negro.

—He visto muchas en París, y en New York también.

—Yo he visto a un campesino analfabeto tallar la madera de una manera maravillosa, y sin concederse a sí mismo el mote de artista. Eso sí, lo hacía religiosamente, porque para él aquella madera era algo vivo, en lo cual habitaba un espíritu al cual él se limitaba a sacar al exterior. Mi pueblo es animista y probablemente lo será siempre, pese a la colonización francesa.

—Perdona un momento. Cuando pronunciaste esas palabras en... ¿yoruba, dijiste?...

—Sí, yoruba.

—¿Pensabas en realidad en lo que decías o solamente era una forma de hablar?

Ella lo contempló largamente.

—Pensaba lo que decía —respondió, por fin—. Tú no eres como los demás.

—Gracias, pienso lo mismo. Por cierto, supongo que sabrás que muchos de los negros americanos proceden de tu país.

—Ya lo sé. Pero han perdido sus raíces, y un hombre sin raíces no es nada.

—¿Por qué no vuelves a Benin, entonces?

—Algún día lo haré, probablemente. Vamos, con todo esto te has olvidado de comer. Es carne de buey, no de serpiente. Puedes comerla tranquilo.

—Si no lo haces tú, tampoco lo haré yo.

—Como quieras. Después de todo ya es la hora.

Así los encontró Cockie cuando volvió. Su cara se transfiguró en una sonrisa de complacencia.

—Me alegra veros juntos, muchachos. ¿Verdad Myrte que Bob es un tipo excelente?

—Es un tipo excelente —asintió la negra.

—Mucho jaleo hay. Myrte, si quieres que nos vayamos a la ciudad...

—No quiero ir a la ciudad, Cockie. Quiero quedarme aquí.

—Bien, lo decía por... Nada, nada, si quieres nos quedamos. Con esta escopeta y otra que compraré esta misma tarde no hay problema.

—Se supone que debería bastarme una lanza y un escudo

—dijo Myrte, sonriendo.

—Y una piel de leopardo como toda vestidura —añadió Cockie. Hubo un silencio, un poco pesado.

—De todos modos —objetó Bob conciliador—. No tienes lanza.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó ella, volviéndose a él.

—Pues... nadie, evidentemente. Sólo pensé...

—Pues la tengo. Ven y te la enseñaré.

Subieron al torreón. Myrte abrió un armario y sacó de él una lanza de casi dos metros de alto. Se la tendió a Bob y éste la cogió. Era de una madera que parecía muy dura, y pulida por el uso. La hoja, de casi cuarenta centímetros era de hierro y con cortes afiladísimos en ambos lados.

—Parece antigua —dijo Bob.

—Es muy antigua. Tiene por lo menos cien años. Era de mi... —dudó un momento con la palabra—, bisabuelo.

La blandió. El arma era flexible, debido a su longitud. La muchacha, con ella en la mano le recordó al instante a Bob alguna escena de película en la sabana o en la selva.

—Cuidado, te puedes hacer daño —dijo Cockie preocupado.

—Ya lo ves. No necesito ninguna escopeta.

—De todas maneras la compraré: Y ahora, si no te importa, me gustaría comer algo.

Bob se despidió. Al estrecharle la mano, Myrte dijo:

—Recuerda lo que te dije. Puedes venir cuando quieras.

CAPITULO 5

EL sheriff entró en el consultorio y Bob le estrechó la mano.

—¿Algo nuevo? —preguntó el médico.

—Este asunto me ha producido molestias de hígado

—dijo—. ¿Tiene usted algo para mí, doctor?

—Dígame los síntomas y cuando se producen. Explíquemelo todo. El sheriff lo hizo. Musgrave le dio unas cápsulas.

—Si le siguen las molestias vuelva a verme. ¿Hay algo nuevo sobre ese asunto? Me refiero a lo de la fiera.

—Nada. Han pasado ya siete días, doctor. Podemos estar razonablemente seguros de que en la colonia no hay ningún animal de ese tipo. No obstante, continuamos la búsqueda.

—Le han devuelto los perros a la señora Collinson, según he sabido.

—Sí, no había motivo para retenerlos más. Por otra parte, pueden representar una defensa para ella y su marido ya que quieren continuar en la casa. Pero hay el problema de que los vecinos temen a los bichos y han presentado varias denuncias. Un rompecabezas, se lo aseguro, doctor.

—¿Y de los circos?

—De ninguno en todo el país se ha escapado un animal más peligroso que un par de monos. Felinos, ni uno solo. No sé, de usted para mí, estamos en algo muy parecido a un callejón sin salida.

Cuando el .sheriff se marchó, Bob recordó algo. Cogió el teléfono y llamó. Fue la misma Myrte la que se puso al aparato.

—Hola, Bob. Sí, aquí está Cockie, te paso con él. Yo tengo trabajo. Por cierto, a mediodía voy a bajar a la ciudad. Tal vez nos veamos. Hasta luego.

—Tal vez. Hasta luego. Hola, Cockie ¿está tu mujer ahí aún?

—No, se ha marchado a su taller. ¿Por qué?

—¿Y aquellas molestias del estómago. Los calambres y todo eso.

—Nada, hombre, desaparecieron. Estoy como un roble. Ja, ja.

—Ja, ja. Me alegro. Bueno Cockie, sólo quería saber eso.

Myrte apareció en el consultorio cuando ya la señorita Komas se disponía a cerrarlo. Bob salió con ella.

—¿Tomamos algo? ¿Por qué no comemos juntos? ¿O tienes que subir a la colonia para hacerlo con Cockie?

—No, podemos hacerlo juntos, si quieres.

En el restaurante chino, se sentaron en una de las mesitas. El día estaba nublado y hacía ya frío. Las últimas hojas habían desaparecido de los árboles.

La joven llevaba un vestido verde y un abrigo de piel encima.

—El frío me deja aterida como a los pajarillos —dijo.

—Y las pieles te sientan muy bien.

Ella le clavó los ojos verdes.

—¿Eres muy amigo de Cockie? Quiero decir, ¿amigo de verdad?

—Pues...

—La verdad.

—En realidad nunca hemos sido lo que se llama amigos. En la escuela Cockie no era partidario de los juegos violentos.

Se puede decir que sólo éramos conocidos, condiscípulos. Pero, ¿por qué lo preguntas?

—El se jacta de su amistad contigo en aquella época.

—Va sabes cómo se magnifican las cosas. Nuestros conocidos son los mejores médicos, los mejores abogados y los mejores vendedores. Al enaltecerlos a ellos nos elevamos también nosotros mismos un poco, compartimos su gloria.

—Entiendo.

—Pero, ¿por qué haces esas preguntas?

Myrte no tuvo tiempo de responder. Alguien se colocó junto a la mesa que ocupaban. Levantaron los ojos: Jovanka Street.

—Hola, ¿molesto?

Bob se puso en pie.

—De ninguna manera. Siéntese, si quiere.

—Ya he comido. Sólo quería saber si iba a subir usted a la colonia, doctor.

—Pues... no lo había pensado. Pero si quiere que la lleve.

—No me traje el automóvil. Pero si es una molestia...

—Ninguna, por supuesto. Sólo que aún no puedo marcharme.

—No se preocupe. Lo esperaré por ahí. Sólo necesito que me diga a qué hora y dónde. Pero si no es una molestia, por supuesto.

—Ya le digo qué no. A las cuatro en el bar del «Plaza».

—Está bien. Gracias, doctor. Hasta la vista, Myrte.

La negra no respondió y Jovanka se alejó.

—No pensabas ir, ¿verdad?

—Pues... tengo trabajo y algunas cosas que quiero leer.

—Y esa... nena te obliga a ir.

—Bueno, tanto como obligar...

—¿Te gusta?

—Pues no cabe ninguna duda de que es muy decorativa.

—Ya. Bien, yo he terminado. Puedes reunirte con ella si quieres.

—Un momento, Myrte. Hasta dentro de dos horas no tengo que reunirme con ella.

Comieron en silencio. Bob apenas pudo sacarle una palabra más a su compañera, que en cuanto acabó se puso en pie.

—Me tengo que marchar. No quiero dejar tanto tiempo solo a

Cockie.

Bob, molesto, respondió:

—Todo esto es a causa de Jovanka, ¿verdad? Te ha molestado que nos interrumpiera.

—Quieres saber la verdad, ¿no es eso? Pues bien, sí.

—Escucha, cuando deje a Jovanka pasaré a veros.

—Como quieras. Adiós.

Bob la miró alejarse, y vio también cómo los hombres la contemplaban con mal disimulada codicia. Estaba casi enfadado. Cuando se reunió con Jovanka, ésta lo notó.

—Doctor, le he fastidiado la tarde, ¿verdad?

—No, por cierto que no...

Pero lo dijo sin gran convicción, Jovanka permaneció un instante en silencio. Luego dijo:

—Myrte le gusta, ¿verdad?

—La aprecio. Es la mujer de mi amigo —respondió Bob secamente, pero remarcando bien las palabras *mi amigo*.

—Bien, sólo puedo decir que lo siento. De haberlo sabido no les hubiera interrumpido.

—No diga tonterías.

Ya en la colonia, le invitó a pasar a su casa. Había algunos policías en las calles, pero ya no el despliegue de días anteriores. Sobre la torre de una de las casas habían montado un potente reflector, que iluminaba las calles alternativamente.

Pasaron y Jovanka encendió una lámpara.

—No hay miedo —dijo sonriendo—. Ese animal no ha vuelto. Se habrá marchado. Eso es lo que piensan todos.

—Probablemente.

Bebieron whisky. La luz tamizada de la lámpara los iluminaba y de vez en cuando veían la del reflector, que pasaba por la ventana.

Jovanka cogió la botella y el vaso vacío de Bob y volvió a llenárselo. Los dedos de ambos se encontraron.

Bob se sintió excitado. La joven llevaba su corta falda y botas altas como cuando la vio en la fiesta de Edna Collinson. Ello permitía al hombre contemplar sus hermosas piernas.

Dejó el vaso sobre una mesa y trato de atraerla hacia sí. Ella resistió ligeramente.

—No —dijo—. Por favor.

—Si alguna vez quieres impedir que te besen, no digas «no, por favor» —respondió el médico—. Da un puntapié o aparta al hombre apoyándole firmemente las manos en el pecho. Pero ese «por favor, no» es más una invitación que una negativa.

E intentó besarla. Ella se apartó.

—No, por favor, —repitió—. No lo deseo.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—De todas las preguntas ociosas esa es la más ociosa —respondió Bob—, ¿Por qué voy a querer besarte? Porque me gustas y porque el momento es propicio.

Ella estaba ahora al otro lado de la habitación.

—No lo deseo —repitió. Su pecho se elevaba y bajaba al impulso de una respiración acelerada.

—En ese caso desearás que me marche.

—No he dicho eso. Sólo que no deseo que me beses.

—¡Está bien! —respondió él enfurecido—. Te prevengo que no me quería cobrar el haberte traído. Simplemente traté de abrazarte porque me gustas. ¿Has comprendido? Y ahora, adiós.

—No es necesario que te marches.

—En las actuales circunstancias, sí. No quiero volver a tratar de abrazarte y que me niegues algo que a lo mejor estás deseando.

—¿Por qué sois los hombres tan brutales? O todo o nada, ¿verdad?

—Se trata de compartirlo, si es que lo entiendes.

—¿Y cuando la mujer no está... no está preparada?

—Pues se deja para mejor ocasión o se deja para siempre. Creí simplemente que la atracción era mutua.

Ella no respondió. Bob se dirigió a la puerta. Cuando se volvió para despedirse vio que ella lo contemplaba fijamente. Había en sus ojos una expresión que le extrañó. Como si estuviese... calibrándolo.

—Hasta la vista —dijo Bob.

Ella no respondió. Con el pulso agitado por la ira y por la decepción, el médico salió. No era un faldero, pero no le gustaba que lo provocasen en cierto modo para dejarle luego con la miel en los labios.

En la calle, el aire frío le calmó algo. Y un nuevo pensamiento se abrió paso en su mente. El animal. El felino.

Las calles estaban desiertas. Las ventanas y las puertas, cerradas, tras de los jardines. ¿Y si...?

Tenía el coche en la puerta. Se dirigió rápidamente hacia él, recordando que no llevaba armas. Una figura sombría se adelantó.

—¿Vive aquí? —preguntó una voz de hombre.

—No, estoy de visita. Soy el doctor Musgrave.

La luz de la linterna le enfocó la cara.

—Lo reconozco, doctor. Lo vi con el sheriff. Soy el agente Simpson.

—Gracias. Ahora me marchaba.

—No creo que le convenga andar solo por aquí, «doc». En todo caso, lleve los cristales del coche subidos.

—Bueno, el animal parece que huyó hacia algún otro lado, ¿no?

—Eso creemos, «doc», pero no lo sabemos seguro. Por eso debemos tomar precauciones.

—¿Hay muchos compañeros suyos en la colonia?

—Somos diez. Si va algún otro lado encontrara a varios de ellos. Y sobre todo, no entre en el parque.

—Gracias.

Llamó en la puerta del jardín de Cockie y la voz de éste preguntó por el interfono quién era. Se identificó, y la puerta se abrió.

Cockie, con su carabina, en la mano y la linterna en la otra, estaba en pie a la entrada de la casa. Pero hasta que llegó, Bob no dejó de mirar a uno y otro lado con atención, ya que el jardín era muy grande.

—Hola, Bob, pasa. Me alegro de verte.

La chimenea estaba encendida. Myrte, sentada en el suelo, como parecía ser su costumbre, junto al fuego, no se levantó. Se limitó a alzar una mano en ademán de saludo.

—¿Una copa? Eso siempre viene bien —dijo Cockie.

—¿Ya dejaste a Jovanka? —preguntó Myrte.

Bob se sintió irracionalmente enfurecido.

—La dejé caer en su casa. Y además le dije que debería bajar a la ciudad. Estar sola en esa casa no parece lo más apropiado.

—¿Sabes lo que iba a hacer ahora mismo? Iba a salir a recorrer el jardín para ver si encontraba al gato. Cockie no lo aprueba.

—¡Claro que no! Lo más probable es que ese maldito animal esté ahora a cientos de millas.

—De todas formas, lo voy a hacer —respondió la negra—. Se puso en pie de un salto y Bob admiró la flexibilidad de su cuerpo. En ese momento el médico estaba dividido por dos sentimientos opuestos pero en cierto modo semejantes: recordaba aún la decepción que le produjo Jovanka, y al mismo tiempo se sentía atraído por la esposa de su amigo. Se dijo que debería dejar de ir a la colonia. No era nada bueno para su equilibrio psíquico.

—Myrte, por favor —dijo Cockie—. No lo hagas.

—Lo haré. Dame esa escopeta.

La muchacha le quitó la escopeta de las manos y se dirigió a la puerta.

—Iré contigo.

—No, quédate con Bob. Tomaos un whisky a mi salud.

—¡Voy contigo y no se hable más!

—¿Lo ves, Bob? Así es de obstinada.

Cogió la botella de whisky. La chica había salido ya, cerrando la puerta tras de sí.

—Si ahora fuese con ella, se enfadaría y no me miraría durante días enteros. Es muy... muy obstinada.

Bob apretó las mandíbulas.

—Saldré yo. De todas maneras tenía que marcharme ya.

Salió, dejando al otro desconsolado y agarrado a la botella.

El jardín estaba muy oscuro. Echó a andar, siguiendo el camino que conducía a la verja.

Llevaba andadas unas diez o doce yardas, cuando le pareció oír el ruido. Pero, ¿lo había oído en realidad? O había sido el viento en las ramas?

Se detuvo. ¿Para qué negarlo? Sentía miedo. En alguna de aquellas ramas que se mecían a su alrededor podía haber un enorme animal, todo garras y colmillos afilados, presto a saltar sobre él.

—¿Myrte? —dijo en voz baja.

Silencio.

Siguió andando, procurando no hacer ruido para no apagar posibles sonidos.

El ruido se repitió. Ahora le pareció oírlo con toda nitidez, a su derecha. Algo como una serpiente pequeña se le enroscó en el pecho y en la boca del estómago. *El miedo*. Miedo a lo desconocido, miedo a sentirse atacado sin poder ver siquiera quien le atacaba.

—Hiiii.

Se volvió en redondo. Había sido como un gemido ahogado. La boca se le secó. Algo, algo debía haber allí que le sirviera como arma. Pero, ¿qué?

Y de súbito vio brillar algo. Un reflejo, quizá, fugitivo, apenas visto y ya desaparecido.

Abrió las manos y se preparó para luchar. Si había de morir, moriría matando. ¿Correr? ¿Y de qué serviría?

«Absurdo, absurdo» se dijo. Y apenas había acabado de formar aquella palabra en su mente, algo se removió frente a él. Un grito ahogado acudió a su garganta, pero no llegó a salir.

Myrte apareció entre las ramas, con la escopeta en la mano.

—¿Asustado? —preguntó.

Bob tenía la boca tan reseca que apenas pudo pronunciar una sola palabra. En ese momento sentía unas ganas atroces de abofetear a la muchacha, de golpearla, de...

—¿Es una broma? —preguntó por fin. Su voz fue un ronco graznido.

—¿Broma?

La chica estaba ya a su lado. Bob alargó las manos, la cogió por los brazos y la atrajo hacia sí. No sabía aún si quería hacerle daño apretarla o...

Se encontró con sus labios sobre los de la mujer. La culata de la escopeta le golpeó en la espalda cuando ella le rodeó el cuello con sus brazos.

Fue un beso frenético, entrecortado, en que las bocas se unían y se despegaban una y otra vez. Las manos de Bob recorrieron el cuerpo que se ceñía al suyo como una llama a otra llama.

A Bob le pareció que habían pasado siglos, pero en realidad solamente fueron dos o tres minutos. Por fin se separaron, jadeantes.

—¿Estabas asustado? —susurró ella.

—¿Y quién no, maldición? Si lo has hecho adrede...

—Quería saber si tenías miedo o no.

—Pues ahora ya lo sabes. Y además, sabes otra cosa.

La voz de Cockie llegó hasta ellos desde lejos. Llamaba a su mujer.

—Tengo que marcharme —dijo Bob, pero sin soltar a la muchacha.

—¿Por qué no te quedas esta noche?

—Porque... Cockie es mi amigo y...

Hubo un instante de silencio mientras Cockie seguía llamándola pero sin acercarse.

Luego la muchacha volvió a besarlo. Bob comprendía que lo que estaba haciendo era algo vil, pero la proximidad de aquel cuerpo tenso contra el suyo y los labios suaves y jugosos le intoxicaban.

—Tienes que volver —le dijo.

Se separó de él y echó a andar. Bob la llamó suavemente.

—Déjame acostumbrarme a la idea —dijo.

—Tómate el tiempo que quieras. Adiós.

—Dime una cosa. ¿Saliste porque esperabas que te siguiera?

—Naturalmente que sí. Confiaba en que lo hicieras.

—Al menos eres sincera.

Trató de tomarla de nuevo entre sus brazos, pero ella se escurrió.

—Cuando lo hayas pensado... si yo no he cambiado ya de opinión

—le dijo. Y había algo acerado en su tono que le impidió a él tratar de abrazarla de nuevo.

Cockie llegó, jadeando.

—Por Dios, menos mal que estáis juntos. He pasado miedo Myrte, mucho miedo.

—No había motivo, tonto. Vamos abre a Bob que quiere marcharse. —Cockie le abrió la puerta y tomó la carabina. Luego

los dos desaparecieron.

Con la cabeza hecha un torbellino. Bob Musgrave caminó hacia su coche. Una linterna lo iluminó de pronto.

—Doctor Musgrave —dijo.

—¿Alguien enfermo, doctor?

—No, era una visita a unos amigos, agente. ¿Hay algo nuevo?

—Nada. Todo tranquilo, doctor. Encontrará un control a la salida de la colonia. Ese maldito gato debe estar a muchas millas.

Todos parecían pensar lo mismo. Por lo menos era lo que deseaban.

—Ahora mismo he enviado a una chica a su casa. Ya que se empeñan en quedarse aquí, lo menos que pueden hacer es no pasear de noche y solas con minifalda y botas altas.

—¿Está esa chica por ahí?

—Le dije que se fuera a casa. Había llegado hasta la puerta por la que acaba usted de salir.

El deseo de volver a ver a la muchacha le asaltó, pero se contuvo. ¿Para qué? Además, tenía que pensar en lo que había ocurrido con Myrte. Subió al coche y arrancó.

CAPITULO 6

COCKIE y la mujer llegaron a la puerta de la casa. Cockie pasó un brazo por el tallo de su esposa y trató de besarla.

—Estáte quieto —dijo ella.

—Myrte, es que estás muy hermosa esta noche.

Habían entrado. Cockie cerró la puerta, tras de sí.

—Sí, muy hermosa. Ya sabes que te quiero mucho Myrte.

Ella no respondió. Se dirigió hacia el fuego y contempló las llamas lamer los troncos. Cockie se le acercó e intentó de nuevo abrazarla.

—Así, solos en casa, querida. Me hubiera gustado que se quedase Bob, pero por otra parte...

—Bob, siempre Bob. ¿Por qué no lo olvidas?

—Myrte, te encuentro rara. ¿Te ocurre algo? Mira, hagamos una cosa. ¿Por qué no nos acostamos y mañana será otro día?

—Y pasado mañana un nuevo día. No eres muy ingenioso, ¿verdad?

—Bueno —respondió el hombre ligeramente ofendido —No me las doy de ingenioso. Es... una frase hecha. Bueno, ¿qué te parece?

—No tengo deseos de acostarme ahora. Hazlo tú, si quieres.

—Bueno Myrte, te encuentro rara.

La mujer se volvió hacia él. Los ojos le brillaban peligrosamente.

—¿Quieres dejarme en paz, idiota?

Cockie la contempló asombrado.

—Bueno, ¿qué te he hecho?

—¡Déjame en paz! ¡Acuéstate si quieres, pero déjame en paz.

Cockie Barony estaba francamente asombrado. Asombrado y dolido.

—Escucha Myrte, no creo haberte dado motivos para que me trates así. Si es que estás nerviosa por lo de ese bicho, yo...

—¿Nerviosa? ¿Yo? —se rió sin ganas» pero había algo punzante en aquella risa—. Tú sí que estás nervioso.

—Bueno, no soy un héroe, y confieso que lo que le ocurrió al pobre Elmer...

—Tienes miedo.

—No lo tengo Myrte, y no sé por qué quieres insultarme. No te he hecho nada.

—Tienes miedo. Cuando salí al jardín, esta noche, no fuiste conmigo. ¿Cómo llamarías a eso? ¡Miedo!

—¡Pero tú me prohibiste...!

—Un hombre no me hubiera hecho caso. Un hombre me hubiera seguido y si era necesario me hubiese traído a bofetadas.

—¡Myrte! No te pegaría nunca.

Ella pareció ir a hablar, pero cerró los labios y permaneció en silencio. Cockie se irguió.

—Te demostraré que no tengo miedo.

Se dirigió al lugar en que había dejado la escopeta, la tomó y se dirigió a la puerta.

—Ahora mismo voy a salir a dar un paseo por el jardín y si es necesario por el parque —dijo dignamente.

—Cockie, no seas tonto.

—Tonto o no, lo voy a hacer.

Salió del salón y Myrte oyó la puerta de entrada que se cerraba tras de él. La cara de la muchacha estaba inescrutable.

Cockie, dolido y un poco aturdido, caminó por el jardín, con la escopeta en la mano. En ese momento no sentía miedo, sólo la sensación de que no comprendía a su esposa y que, pensó en un súbito acceso de lucidez, jamás la comprendería. Llevaban tres años casados y la conocía tan poco como el día que la encontró por primera vez en París.

«Lo que ocurre es que no me ama como yo a ella», pensó. «Eso es lo que le ocurre. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Ya lo sé que no soy un tipo guapo, ni un artista genial, pero al fin y al cabo se casó conmigo. Tal vez desee el divorcio. Me dolerá mucho, pero si eso es lo que desea... accedería a ello. Pero, ¿de qué viviría ella? No tiene dinero, apenas. O quizá lo que le ocurra es que este lugar no le guste...»

Había llegado a la puerta del jardín. Dudó un momento. ¿Salir a la calle y luego cruzar el parque? Eso es lo que haría un valiente, indudablemente, pero, si nadie había para contárselo luego a Myrte, esta podría no creer que había sido capaz de hacerlo. ¡Bueno, el policía, cualquiera de los que custodiaban la colina! Eso es lo que haría, hablar con cualquiera de ellos y proponerle luego que le acompañara a casa a tomar una copa. El podría relatar a Myrte que...

Una rama crujió sobre él. Alzó los ojos. Había estado tan ensimismado que había olvidado que «podía» haber peligro, en realidad.

Estaba junto a la verja. Llevó la mano al bolsillo para sacar la llave que la abría manualmente, ya que el dispositivo eléctrico se accionaba desde el interior de la casa.

El sonido se repitió. No hacía viento, y las nubes habían ocultado las estrellas. Cockie era ligeramente miope, pero había dejado las gafas en casa.

Le pareció que había dos puntos luminosos en el árbol, encima de él. Debía estar equivocado por supuesto.

Sí, aquello no podían ser sino dos estrellas entre el ramaje...

Sólo entonces comenzó el miedo a penetrar en su cerebro.

«No puede ser», pensó. «Eso, lo que sea, está a muchas millas, nadie lo ha encontrado...»

Forzó la vista. Sí, había dos puntos brillantes en la oscuridad. Y algo largo que se agitaba de un lado a otro.

Con la boca seca, fue alzando lentamente la escopeta y la armó con el pulgar. El arma disparaba postas de un tercio de pulgada por cada uno de sus cañones. No tenía más que apuntar entre aquellos dos puntos brillantes y...

Algo largo, sólido, oscuro, saltó al suelo, a su lado.

Cockie sintió que el corazón se le saltaba de un latido. ¡Un animal! Un animal muy grande y negro...

No tuvo tiempo más que de disparar uno de los cañones de la escopeta y el cuerpo le saltó encima. Sintió el impacto y cómo algo muy duro, afilado, se le clavaba en el cuello, al tiempo que unas uñas lacerantes le desgarraban el vientre. Cayó hacia atrás, emitiendo un gorgoteo, bajo el peso de aquel erizo de dientes y uñas que lo destrozaban.

El vigilante del sheriff oyó el disparo. Estaba en el borde del parque, al otro lado de la calle. Casi al tiempo del disparo, un segundo después, oyó una especie de maullido, y todos los pelos se le erizaron.

Se llevó un silbato a los labios al tiempo que encendía la linterna. El disparo y el maullido había venido de la casa que tenía frente a sí.

Tocó desesperadamente. Entre media de los silbidos pudo oír cosas que se movían en el parque, y envió el haz de su linterna hacia allí.

Era un hombre valiente, pero en ese momento se aterrorizó. La luz de la linterna le mostró dos cuerpos que se movían en tierra, y uno de los cuerpos era el de un gato negro o muy oscuro.

Se detuvo en seco, junto a la verja, mientras a lo lejos, otros silbatos contestaban. Apuntó con la mano derecha, mientras que con la izquierda seguía iluminando y disparó.

Aquello, el gato, lo que fuera, dio un salto y desapareció entre las ramas de los árboles. El cuerpo de un hombre estaba tendido en el suelo, pero ya no parecía moverse.

Dos hombres llegaron corriendo. Eran dos de sus compañeros.

—¡Joe, qué diablos...!

—Mi... rad —dijo Joe Simpson—. Yo... lo vi, ha huido entre los árboles. ¡Jesucristo!

—Pero, ¿qué era?

—Jesucristo, era un gato, un gato enorme. Y negro.

Uno de los agentes estaba ya pulsando el timbre que sonaría dentro de la casa.

—¿Le diste? ¿Quién disparo antes?

—Creo que no lo sé. Yo... quizá le di, pero desapareció. ¡Cuidado, es un gato enorme!

* * *

Bob Musgrave miró el reloj. Eran las doce y media y el teléfono sonaba insistentemente. Había estado leyendo una revista de medicina. El piso que había alquilado en Main estaba silencioso excepto por el tintinear del aparato.

—¿Bueno?

—Doctor, soy el sheriff. ¿Estuvo usted esta noche en Artistown, verdad?

—Sí, por supuesto. Volví de ahí hace hora y media o cosa así. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me pregunta eso?

—Usted es amigo de Barony, ¿verdad?

—Sí, pero bueno, sheriff...

—Lo han matado.

—¿Qué?

—La fiera esa, lo ha matado.

Bob sintió seca la boca y la garganta.

—Pero... ¿seguro?

—No estoy gastándole una broma, doctor. Quisiera hablar con usted, si no le importa.

—¿Mistress Barony está bien?

—Sí, ella está bien.

—Voy para allá.

Llegó a Artistown en media hora, conduciendo como un loco. Ya en la subidita la colonia vio los automóviles policiales, con las luces destellantes en los techos. Había muchos hombres, todos armados, y tuvo que atravesar dos controles. Por último llegó a la casa.

Potentes focos iluminaban el jardín, instalados en la calle y entre las ramas de los árboles. Parecía de día. El sheriff y un grupo de hombres rodeaban al médico forense y a un cuerpo tendido en el suelo junto a la verja.

—Hola, doctor —dijo el sheriff—. No es muy agradable lo que el bicho hizo con su amigo.

Bob se inclinó sobre el cuerpo. Thomas, el forense, le saludó con un seco «hola» y siguió manipulando el cuerpo.

—Le ha seccionado la yugular y le ha abierto el vientre.

—Disparé sobre el demonio de animal —dijo uno de los agentes,

precisamente el que le había interceptado cuando salía de la casa —. Yo creo que lo herí, pero no podría asegurarlo.

—Ya lo ha contado siete veces, Simpson —dijo el sheriff—, Doctor, cuando diga puede llevarse el cuerpo.

—No hay nada que hacer —dijo Thomas—, Le haré la autopsia esta misma noche, pero desde ya les puede decir lo que voy a encontrar,

Bob cerró los ojos. Se sentía mal.

—Doctor —dijo el sheriff—, Simpson dice que le vio salir a usted. Hacia las nueve y media o cosa así.

—Es cierto. Y Cockie, quiero decir, Barony, estaba bien, lo mismo que su esposa.

—No hay duda, doctor, porque la muerte tuvo un testigo, ya lo ve. Pero lo que quiero preguntarle es si no vio usted nada, si sospecharon ustedes algo en el jardín. Cualquier cosa puede facilitarnos la tarea aunque...

Se quitó el sombrero y lo lanzó al suelo.

—¡El gato no estaba en la colonia, por Dios! ¡Lo registramos todo, y no estaba en ninguna parte

—Pues se escondió en algún lugar —respondió el forense locamente—, Y esta es la mejor prueba.

—¡Alguien tendrá que responderme de esto!

—¡Dónde está mistress Barony! —preguntó Bob.

—En casa. Tal vez necesite sus servicios. Yo ya la he interrogado, pero tendré que hacerlo de nuevo. Voy con usted. Vosotros, muchachos, seguid el registro.

En la puerta de la casa, un agente montaba guardia con un potente rifle en las manos. Pasaron.

Myrte estaba sentada junto al fuego. A su lado había una matrona de la policía.

Bob se acercó a ella y le cogió una mano. La muchacha levantó los ojos hacia él.

—Pobre Cockie —dijo.

—Escuche, mistress Barony —dijo el sheriff—. Repita lo que me dijo, ¿quiere?

—¿Otra vez?

—¡Y tantas como sea necesario! Dispense. ¿Por qué salió su marido? ¿Por qué cogió la escopeta?

—Cogió la escopeta porque iba a salir para dar una vuelta por el jardín —respondió ella.

Estaba vestida con una de sus holgadas batas de trabajo. Tenía las mangas bajadas.

—Pero, ¿por qué salió? ¿No sabía que podía ser peligroso?

—Se lo dije, pero me respondió que quería tomar el aire

Habíamos discutido un poco y quiso dar una vuelta. Eso es todo y no le puedo decir nada más.

—Pero usted oyó el disparo.

—Oí los disparos, y un momento después el timbre. Pregunté por el interfono quién quería entrar y corrí hacia la verja cuando me dijeron que era la policía.

—¿Sin armas?

—No las tenía en ese momento. Era mi marido quien tenía la escopeta.

—¿No vio usted nada?

—No vi nada, agente. Además en ese momento no me fijaba en nada.

—Señora Barony, la matrona se quedará con usted esta noche, a menos que desee marchar fuera de la colonia. No podemos pasar por alto el hecho de que el animal... estaba en su jardín.

—Si no tienes donde ir, puedes venir a mi casa —dijo Bob.

—No pienso marcharme de aquí —respondió ella.

—Pero, señora, es muy peligroso. El jardín ya ha sido investigado concienzudamente, pero ese animal nos burló una vez y puede hacerlo de nuevo. No puede correr ese riesgo.

—No me moveré de mi casa —respondió ella firmemente—. Y no necesita dejar a la señora conmigo. Tengo la escopeta de mi marido y puedo defenderme.

—Me plantea usted un problema. Estoy pensando incluso en evacuar la colonia. Hay en ella casi cincuenta personas más, y no quiero correr el riesgo de que mate a alguna más.

—Lo que yo me pregunto —dijo Bob—, es ¿dónde estaba el gato? La fiera, quiero decir. ¿Dónde se ha escondido todos estos días? Porque no parece haber dudas de que no se marchó para volver luego.

—Si yo pudiera responder a esa pregunta —dijo el sheriff volviéndose hacia él, y mirándolo con sus azules ojos—, en este momento ya habríamos matado a la fiera. Señora...

—Lo siento, pero no me marcharé. Cerraré bien las puertas y las ventanas, pero no me moveré de mi casa.

—Bueno, en ese caso, la matrona...

—No la necesito, aunque le agradezco sus servicios.

—Está bien. ¿Quiere salir conmigo, doctor?

Ya en la puerta, dijo:

—Esa mujer está loca. No puede quedarse aquí. ¿No podrá usted convencerla, ya que era amigo de su esposo?

—Trataré de hacerlo. En todo caso me quedaría yo aquí también.

—¿Tiene usted armas?

-No.

—Haré que le presten una. Tengo muchos hombres en la colonia, y ninguno de ellos dormirá esta noche, pero en serio, voy a pedir permiso al gobernador para que desaloje la colonia. ¿Dónde diablos pudo meterse ese animal?

—¿Hay cuevas en el cantil, sheriff?

—Ni una sola. Y crea que los guardabosques que vinieron eran personas especializadas. No encontraron ninguna huella.

—Busque perros adiestrados.

—Ya lo he pensado. Van a traerlos esta misma noche.

—Mientras, me quedaré con mistress Barony.

Dos mujeres aparecieron en la puerta, escoltadas por un agente del sheriff. Eran Edna Collinson y Jovanka Street.

—Venimos a ver a Myrte —dijo Edna—. Doctor, ¿cómo está?

—Bien. ¿Y su marido? ¿Lo ha dejado solo?

—Sí. Con una botella de brandy y una escopeta de cañones aserrados. Asegura que puede valérselas por sí mismo aunque lo dudo. Pero de todas maneras está intratable.,

—Bien. ¿Podemos ver a Myrte?

Bob dudó. ¿Y si era Myrte la que no quería verlas a ellas?

—Vengan conmigo.

—Espere, doctor —dijo el sheriff. Llamó a uno de sus hombres y le pidió algo—. Tenga. —Y le entregó un revólver de grueso calibre—. Un «45», doctor. Si sabe usted disparar, utilícela. Quedarán tres hombres en el jardín y otros en la parte de fuera. Y los focos no se apagarán en toda la noche. Yo esperaré a que vengan los perros.

Myrte los recibió en el salón. La matrona se había esfumado.

—¿Queréis beber algo? —preguntó, mirando especialmente a Jovanka. Fue Edna la que respondió.

—Beberíamos cualquier cosa que tuviese *valor holandés*

—respondió.

Bebieron. Jovanka llevaba largas faldas y una chaqueta de piel encima.

—No sé lo que se dice en estos casos —dijo Edna—, porque nunca me quedé viuda, ya que John es mi primer marido. Pero da por dicho todo lo que se acostumbre, Myrte. Y creo que eso es todo y que debíamos marcharnos para encerrarnos en nuestras casas con víveres y municiones en abundancia.

—¿Qué hará usted, Jovanka? —preguntó Bob Musgrave—. No puede permanecer sola en su casa.

—No lo sé.

—Se quedará en la mía —respondió Edna—. De esa manera todos nos sentiremos más seguros. Pero, ¿dónde diablos se puede meter ese animal?

El sheriff llegó, acompañado de dos de sus agentes.

—Le ruego que me preste sus perros, señora Collinson. Hemos decidido utilizarlos.

—Pero tendrán que hacerlo conmigo, sheriff. De lo contrario no le obedecerán. Están acostumbrados a admitir órdenes solamente de mí.

—¿No le importaría?

—¿A mí? ¿Una cacería? Por cierto que no. Con tal de que me vigilen a John. Está convaleciente de una operación y no puede valerse por sí mismo. Aunque maldito para lo que se ha valido hasta ahora, pero no quiero perderlo. Es mi más segura fuente de ingresos.

—En ese caso, si quiere venir...

Edna y Jovanka se pusieron en pie. Caminaron hacia la puerta. Jovanka cojeaba ligeramente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Bob.

—Me torcí un pie.

—¿Quiere que le eche una ojeada?

—No vale la pena, doctor. Fue solamente un esguince a causa de los tacones altos de las botas.

—Una cosa sabemos ahora, seguro —dijo el sheriff.

—¿Qué?

—No se trata de ningún puma. Simpson, mi agente, lo vio con su linterna bastante bien.

—¿No era un puma? Pues entonces... ¿qué diablos puede ser?

—Simpson dice que era un animal negro. Una pantera o algo muy parecido a una pantera.

—Pero eso quiere decir... eso quiere decir que ese animal tiene que haberse escapado de algún sitio. No hay panteras en libertad en Norteamérica.

—Pues Simpson asegura que no es un puma, sino una pantera. El ha visto muchos pumas, y tengo que creerle aunque estuviera muy nervioso.

Luego dio media vuelta y siguió a ambas mujeres.

Myrte y Bob quedaron solos.

CAPITULO 7

DE veras piensas quedarte aquí? —preguntó ella. Bob asintió.

—No podría dejarte sola.

—Claro que podrías, pero deseas quedarte conmigo, ¿verdad?

Bob se sintió cogido. En efecto deseaba quedarse con ella. Abrazarla, besarla, como habían hecho en el jardín hacía unas horas. Parecía un poco monstruoso, recién muerto Cockie, pero así era. Se acercó a la joven y le cogió la mano.

—Sí, lo quería. Y sólo la presencia de tu marido... de Cockie, me lo impidió. Simplemente, no estoy acostumbrado a la idea de engañar a mis amigos.

Ella no respondió. Lo miraba fijamente con sus ojazos verdes. Era una mirada enigmática, indescifrable. No hizo ademán de corresponder al gesto de Bob y éste retiró su mano ligeramente avergonzado.

—Quizá te parezca que es muy pronto, con tu marido muerto hace apenas unas horas, pero...

—¿Dije algo?

—No, pero...

—Escucha, hombre: no amaba a Cockie. Me casé con él porque insistió una y otra vez, hasta que me cansé de decirle que no. Era un buen hombre, de acuerdo, pero eso no basta para una mujer. Por lo menos, no para mí. Pero, ¿es necesario que te diga todo esto?

—No.

La abrazó y esta vez ella sí que correspondió a su abrazo. La estancia estaba iluminada por el fuego y por una lámpara de pie. Se sentaron en el bajo diván y pronto el ardor de los besos se mezcló. Del cuerpo de la muchacha se desprendía un vago perfume a violetas, que acabó de trastornar al médico. Este perdió casi todos los valores morales, tales como seducir a una viuda cuando el cuerpo de cuyo marido acababa de partir para el depósito de cadáveres.

Ahora lo único que importaba eran ella y él.

Sus manos desordenaron la blusa de trabajo de Myrte tratando de arrancarla. Ella le ayudó y quedó desnuda, excepto su ropa interior, un sujetador color blanco y unas braguitas del mismo color que contrastaban con el negro rojizo de su cuerpo de ébano.

—¿Qué es esto? —preguntó él de pronto.

En el brazo izquierdo de la muchacha, sobre el bíceps, había dos tiras de esparadrapo cruzadas.

—¿Esto? —preguntó ella—. Se me escapó una de las gubias mientras tallaba y me hizo una herida.

—Te lo miraré. Para eso estamos los médicos.

—¿Ahora? —preguntó ella burlonamente—. Hasta los médicos tendréis algo mejor que hacer en momentos como este.

Bob pensaba lo mismo. El cuerpo de la dahomeyana era de una belleza alucinante.

—Si todas las guerreras de tu país eran tan bellas como tú, probablemente los enemigos no desearían combatir con ellas y se rendirían con armas y bagajes —observó con voz enronquecida.

—Es posible, pero entonces ellas les cortaban la cabeza con sus grandes espadas.

—O con lanzas como la tuya. Por cierto, ¿y no heredaste de alguna de tus antepasados su uniforme de piel de leopardo?

Hubo un silencio.

—No. La única piel de leopardo que tengo la compré Cockie en París —dijo ella por fin—. En una tienda de la rué de la Paix.

Bob la apretó contra sí. Ella hizo un ligero gesto de dolor, porque la mano del hombre le había apretado la herida del brazo.

—¿Lo ves? incluso ahora debería mirarte eso. La gubia podría estar contaminada con algo e infectarse la herida.

—Ya la desinfecté yo —respondió la muchacha—. Y ahora, ¿vamos a continuar hablando de esa tontería?

Bob la abrazó por el talle y caminó con ella hacia la puerta que llevaba al dormitorio. En ese momento llamaron a la puerta de entrada.

—¡Maldición! —dijo Bob.

Ella hizo un gesto y luego, de pronto rió.

—Habrà que abrir o se alarmarán pensando que el gato nos ha comido a los dos. Hazlo tú mientras yo me pongo algo más decente.

Se puso la blusa. Bob fue a abrir. Había metido el revólver en el bolsillo de la chaqueta, pero le abultaba demasiado.

Era un agente del sheriff. Llevaba en la mano su carabina.

—Pregunta el sheriff, si puede reunirse con él. Yo me quedaré con la señora —dijo.

Bob sintió deseos de pegarle. Pero no podía hacer otra cosa que obedecer.

—Volveré enseguida —le dijo a Myrte.

El sheriff estaba junto a la verja. Varios hombres mantenían un foco alumbrando los árboles.

—Hemos visto manchas de sangre en esa rama —dijo—. Y no pueden ser de Barony. Tienen que ser del animal.

—Supongo que recogerán alguna muestra para analizarla.

—Eso mismo íbamos a hacer. La llevaremos al departamento de biología de la universidad a ver qué nos dicen. Así sabremos qué

clase de animal es. Roy, suba y coja una muestra.

Se volvió al médico.

—Sabemos ya también que el bicho está herido, aunque probablemente no de gravedad. Mi agente Simpson aseguraba que lo había herido y ahora vemos que es verdad. Ah, ahí están los perros.

Edna, dos alguaciles y los perros, llegaban por la calle. Los animales tiraban furiosamente de la trailla con que su dueño los sujetaba.

—¿Por dónde comienzo? —preguntó Edna.

—Por ese árbol, señora Collinson.

Los animales se aproximaron al árbol y olfatearon. Uno de ellos, la perra, agachó las ancas e intentó retroceder.

—Ya lo han olido —dijo el sheriff. La perra gemía suavemente.

—Y tienen miedo —dijo el médico interesado, aunque seguía pensando en Myrte y en la interrumpida escena.

Edna estaba hablando a los perros.

—Vamos, vamos, hermanitos, buscad. Ya sabéis lo que queremos. Vamos, hala, buscad.

Los dos doberman tiraron de la trailla y casi derribaron a la mujer. Uno de los agentes la ayudó a sujetarlos.

Los perros se dirigieron hacia los árboles cercanos, olfateando y gimiendo. Luego, de pronto, se acercaron a la verja y miraron hacia afuera.

—El gato debió salir del jardín —dijo el sheriff—. Vamos, hágales salir señora Collinson. Y tú muchacho, sujeta bien, que no se escapen.

—¿No sería mejor dejarlos sueltos para ver lo que hacen?

—preguntó uno de los guardabosques.

—¿Qué quiere, que me los mate ese bicho?

—Tal vez fuera mejor, señora Collinson.

El hombre del árbol ya había tomado una muestra de sangre en un trozo de papel y descendía ya.

—¿Me necesita? —preguntó Bob al sheriff.

—No, a no ser que desee continuar la cacería.

—Prefiero quedarme con la señora Barony.

El sheriff le echó una mirada extraña pero no dijo nada.

No obstante, Bob siguió unos instantes a los perros. Vio cómo los sacaban del jardín y cómo los animales echaban a correr hacia el parque. Al llegar a los primeros árboles se detuvieron y luego volvieron sobre sí mismos, gimiendo.

—Perdieron la pista —dijo el guardabosques—. El gato probablemente escapó por los árboles.

Bob dio media vuelta para entrar de nuevo en el jardín de la casa.

Llevaba el revólver en la mano.

—¿Dónde ha dejado a Jovanka, Edna? —preguntó.

—Creo que se quedó en mi casa con John, pero no estoy segura. Pero no se preocupe por ella, doctor, porque tiene un arma.

—¿Recibió ya el permiso del gobernador para evacuar la colonia?

—preguntó Bob al sheriff. Este movió la cabeza negativamente.

Ahora era ya evidente que los perros habían perdido la pista. Edna los contemplaba absorta.

—Estos hijos de mi vida no parecen tener muchas ganas de encontrar al gato —dijo—. Me extraña. Creí que eran muy valientes.

—Los perros suelen temer a los felinos —dijo el guardabosques—. Pero sí que es extraño porque los doberman están adiestrados para enfrentar cualquier peligro. Mírenlos.

Los dos animales daban vueltas sobre sí mismos. Y siempre con la barbilla baja. De haber tenido rabo, lo hubieran ocultado entre las patas.

—Vamos, cobardes —les urgía Edna Collinson—. No volveré a miraros a la cara si no buscáis a ese bicho.

—Me acercaré para ver si su marido está bien —dijo Bob.

—Oh, sí, hágalo. Probablemente encontrará a John pidiendo a gritos un asado de jabalí o algo por el estilo. Pero, ¡cobardes, perros amarillos! ¡Buscad!.

Bob caminó por la calle, hasta encontrar la casa de Edna. Varias veces agentes del sheriff y hombres de paisano lo detuvieron y comprobaron que iba armado. Ante la casa de John había un agente.

—Hola, doctor. Pase. Por aquí no hay novedad.

John Collinson estaba en su cama. Al ver a Bob aulló:

—¿Cómo pueden ocurrir todas esas cosas cuando yo estoy atornillado a esta maldita cama? ¿Y la bruja de mi mujer?

—De cacería.

—¿Se portan bien los perros?

—No, parecen asustados.

—Es curioso. Esos animales que parecen no temer nada, sin embargo algunas veces parecen asustados por ciertas personas.

—Aquí no se trata de personas, sino de un felino grande. Dicen que un leopardo o una pantera.

—¡Maldición, y yo aquí, medio muerto de debilidad. Doctor, ¿esta seguro de que no me han sacado más cosas que el apéndice vermicular?

—Seguro. En todo caso le habrían dejado algún recuerdo como un bisturí, un paquete de gasas o unas tijeras de podar. Bien, veo que se encuentra bien. Me volveré. Por cierto, ¿y miss Street?

—Ni idea. Estuvo un ratito conmigo, pero se marchó enseguida. Estoy solo y esa bruja de mi mujer persiguiendo animales por ahí. Bob estaba ahora intranquilo. Dejó a John Collinson y se dirigió a casa de Jovanka. Las luces estaban apagadas y nadie respondió a su llamada. La joven no estaba o no quiso abrir, y eso le extrañó. Cuando se reunió de nuevo con el sheriff, le dio cuenta de su preocupación.

—¿Es esa joven que viste a veces como una hippy? —Bob asintió—. No sé, tampoco la he visto. Jesucristo, otra nueva preocupación. Espero que no le haya ocurrido nada.

Bob entró en casa de Cockie y llamó a la puerta. El policía le abrió.

—La señora se ha acostado —dijo—. Al menos se ha ido a su dormitorio.

Bob se encaminó a este y escuchó en la puerta. No oyó ruido alguno. Estuvo tentado de llamar a la puerta, pero se contuvo a tiempo. ¿V si la joven no quería verlo ahora?

Volvió de nuevo al salón.

—¿Se va a quedar aquí? —preguntó el policía—. Si es así, yo iré a reunirme con mis compañeros. Hacen falta todos los brazos.

—Ya lo sé. Sí, me quedaré aquí.

El agente salió. Bob se sirvió un whisky y encendió un cigarrillo. Algo había que hacer y comenzó a mirar los libros de la estantería. Casi todos ellos eran franceses, y de arte.

Luego sintió curiosidad y subió silenciosamente al taller de la muchacha. La puerta estaba cerrada pero no con llave. Entró y comenzó a mirar los trabajos de Myrte.

Había sobre todo uno que le llamó la atención. Era una talla realizada en madera muy dura y representaba a un felino agazapado, seguramente en posición para saltar sobre una visible presa. Era de un realismo extraordinario y al mismo tiempo esquematizada. Producía una gran impresión de fuerza y de violencia.

Con el vaso en la mano, recorrió el taller. Había también algunos libros, con reproducciones de arte africano. Aquí todos estaban en francés. Cogió uno al azar. Era una historia del antiguo imperio de Benin, según comprobó al leer el título y el índice. Tenía fotografías, dibujos, grabados antiguos. Pasó algunas hojas al azar, y algo cayó de entre las páginas, al suelo. Se agachó y lo cogió.

Una fotografía, no demasiado reciente porque amarilleaba un poco. Representaba a una mujer vestida con un faldellín de tela y con una piel de leopardo echada sobre los hombros. En una mano sostenía una lanza y en la otra un escudo. Era una negra alta,

muy bien formada y su cara le recordó a Myrte.

¿Alguna pariente? La mujer tenía el pecho al descubierto, y sus senos eran altos y grandes.

Bebió un nuevo trago y encendió un nuevo cigarrillo. La página en la que había estado la fotografía le llamó la atención.

«Sobre las guerreras» era el título de un capítulo. Se sentó en una silla y comenzó a leer.

El autor, un francés con nombre italiano, parecía bastante bien informado del ejército de amazonas, así las llamaba, que en algunos casos formaban la guardia del rey y que en los combates resultaban tan peligrosas y a veces más que los mismos hombres. Cómo degollaban a sus enemigos con las espadas y amontonaban sus cabezas en la plaza de Abomey, en pirámides de las que se exhalaba un hedor penetrante, y que pronto cubrían las moscas.

Relataba que al parecer, las guerreras debían ser vírgenes, pero que ocupaban el lecho del rey por turno, y si tenían descendencia de él, en caso de ser una niña sería educada para la guardia guerrera femenina y si era hijo se le mandaba a criar fuera.

Al parecer Benin fue un centro de esclavitud. Los reyes del territorio vendían esclavos a los mercaderes árabes y portugueses.

Pero fue otro párrafo el que le llamó la atención. Tras de relatar algunas de las hazañas de las mujeres guerreras, recogía varias anécdotas que él mismo había oído contar.

Entre ellas, la de que en ciertas épocas del año, las mujeres guerreras celebraban sus propias fiestas en las que ni el mismo rey osaba intervenir. ¿Qué ocurría en esas fiestas reliquia probablemente antiguas costumbres matriarcales? El autor reconocía no estar muy seguro, pero había oído decir que en ella se celebraban ritos extraños, sacrificios humanos y matanzas. Esto nada de particular tendría, dado que el país entero estaba dominado por los fetiches (cualquier cosa, hasta una piedra cualquiera podía ser sagrada siempre que un diosillo o un espíritu lo quisiera). Pero lo que sí resultaba particularmente espeluznante es que se susurraba, se decía siempre en voz baja, que durante el tiempo que duraban aquellas fiestas en las que se adoraba a las serpientes, a los buitres y a una deidad un tanto misteriosa llamada Yong-Coompon, «las guerreras podían y de hecho lo hacían, transformarse en fieras, sobre todo en leopardos, y serpientes.»

De pronto se sobresaltó. Algo acababa de posarse en su hombro.

CAPITULO 8

SE volvió, con un respingo. Myrte, envuelta en una especie de larga camisa de color amarillo, estaba junto a él.

—Por Dios, me has asustado —dijo—. ¿Siempre eres tan silenciosa?

—Cuando quiero, sí.

Myrte cogió el libro y miró la página. Luego levantó los ojos verdes y los fijó en el hombre.

—Y tú, ¿siempre tomas las cosas que no te pertenecen?

—Normalmente no, pero el policía me dijo que te habías acostado y yo me preparaba para pasar lo que queda de la noche. Reconozco que estaba curioseando un poco. ¿Te molesta?

Myrte no respondió. Había cogido la fotografía y la miraba.

—¿Quién es? —preguntó Bob un poco violento.

—Mi madre.

—¿Es que ella es una guerrera?

—Por supuesto que no. Las guerreras se acabaron como tales cuando los franceses terminaron la ocupación del país, a finales de siglo pasado. Podríamos decir que estaba disfrazada de amazona. Bella, ¿verdad?

—No tanto como su hija, por cierto.

—Has estado leyendo sobre las guerreras. ¿Qué conclusiones has sacado?

—Ninguna. Al fin y al cabo, son leyendas.

—Eso sí es verdad. Leyendas, nada más.

Bob se puso en pie. La mujer seguía teniendo el libro en la mano. Parecía ensimismada.

—Myrte...

—¿Qué?

—¿Con qué te causaste esa herida en el brazo?

—Con una gubia, ya te lo dije. Aquella que hay allí.

Bob cogió el instrumento.

—No encontrarás sangre en ella. La limpié después.

Los ojos de ambos cruzaron una mirada un poco desafiante.

—¿Qué es lo que estás pensando, Bob? ¿A qué esa pregunta?

—Me gustaría verte esa herida. No quisiera que se te infectase.

—No ocurrirá. Te dije que la había desinfectado bien. Tengo ciertos conocimientos de medicina. Mi padre quiso que estudiase para enfermera.

Luego, repentinamente, cambió de tono.

—Nadie te ha dado permiso para meterte en mi habitación de trabajo. Vamos al salón. No me gusta que revuelvan mis cosas. Ni mis libros, ni mis fotografías.

—Lo siento.

Envarado, la precedió. Salieron y bajaron al salón. La lumbre estaba moribunda.

—Si lo deseas, puedo marcharme —dijo el médico—. Parece que el ambiente se ha enfriado mucho desde que antes nos interrumpieron.

—Sí, así parece. Puedes irte, si quieres.

Bob vaciló.

—No me gusta la idea de dejarte sola.

—Puedo defenderme perfectamente. Además, todo eso está lleno de policías.

—¿Puedo beber un whisky?

—Yo misma te serviré.

Lo hizo y le alargó el vaso. Sus dedos se juntaron y Bob sintió un ligero escalofrío. La mano de la joven estaba fría.

—Bébetelo y vete.

—¡Está bien! —gritó Bob. Se dominó con un esfuerzo—. Quieres que me vaya, ¿no? Pues me voy.

Dejó el vaso sobre la mesita con tanta fuerza que el cristal se rompió y el whisky se derramó. Luego anduvo hacia la puerta. Allí, se volvió.

La joven, permanecía inmóvil, como una bella estatua. Su rostro no expresaba sentimiento alguno.

Bob salió. El jardín continuaba iluminado por los faros, y los policías pululaban por todas partes. Vio al sheriff que caminaba por la calle con cara de cansancio.

—¡Nada! ¡Siempre nada! —dijo el sheriff—. Es para volverse loco.

—¿Encontró a la señorita Street?

—No la han visto. Quizá esté en alguna de las casas en las que no se han marchado sus habitantes. ¿Le preocupa este asunto?

—Un poco. ¿Hay alguna probabilidad de que el gato la haya...?

—No, estamos batiendo continuamente toda la colonia. Dios, tengo ganas de que amanezca.

Miró su reloj.

—Las cuatro y media. Aún falta bastante. Por cierto, ¿ha dejado sola a la señora Barony?

—Sí. Quería acostarse. Pero queda un policía en la puerta. Creo que yo me vuelvo a la ciudad. No creo que usted me necesite.

—Bueno, necesito a toda la gente posible, pero puede marcharse.

Bob buscó su coche y se metió en él. No lo puso en marcha, pero necesitaba estar solo y pensar.

Simplemente aquello era una locura. Una tontería. Debía estar cansado y sus pensamientos habían tomado un rumbo extraño. Pero, ¿cansado por una noche en blanco? ¿Desde cuando se

cansaba por tan poco? Tal vez era otra cosa. Tal vez era la influencia de la muchacha negra, que había hecho que olvidase hasta de que estaba casada con un amigo.

—Piensa claramente —se dijo en voz alta—. Piensa con claridad. Pero no podía. Y necesitaba beber algo.

Puso en marcha el coche y lo detuvo ante la casa de Jovanka. No había luces, ni nadie respondió a la llamada del timbre. ¿Dónde diablos estaba? Se había marchado a la ciudad sin advertírselo a nadie?

Pensó en pedirle a Edna el trago que necesitaba, pero dudó. La mujer era una ninfómana, estaba casi seguro de ello, y no quería verse envuelto en un lío con ella, aparte de que el marido estaba allí, en su cama.

Lo mejor sería volver a la ciudad, a su casa. Pero... ¿quién se apartaba en ese momento de un asunto como aquel? Necesitaba pensar, beber algo.

Llamó en casa de Edna. Antes de que lo hiciera, ya los perros estaban en la verja gruñéndole.

—Eso antes, amigos —dijo. Edna salió a abrirle, con una carabina en la mano.

—Caramba, doctor. Pase. Esos cobardes no le harán nada. Mira que me han dejado mal delante del sheriff y de todo el mundo. Vamos, entre.

Pasaron al interior.

—John se ha dormido, gruñendo como un cerdo porque se perdía la ocasión de su vida. ¿Quiere tomar algo?

—A eso precisamente venía.

—¿Qué quiere tomar? ¿A mí?

—No, un whisky. ¿No ha visto a Jovanka?

—No. Pero, doctor ¿no le basto yo?

—Vamos, vamos, señora Collinson.

—¿Qué ceremonioso? Cuando debería protegerme con sus fuertes brazos para que yo no tuviera miedo... para infundirme un valor que yo, pobrecita mujer de mí, no tengo...

—Olvide eso y deme el whisky, por lo que más quiera.

Se sentó en un sillón y cerró los ojos. Los abrió cuando la mujer le tendía un vaso lleno de whisky con hielo.

—Vamos, beba, hombre. ¿Es que piensa dormirse?

—No. Descansaba solamente.

—Voy a ver cómo sigue John. Por favor considérese como en su casa.

Bob bebió un sorbo. Tenía que pensar en todo aquello, que por otra parte no era más que una tontería, una alucinación. Porque... total, unas palabras escritas hacía muchos años por un funcionario francés sobre las costumbres de uno de los pueblos más atrasados de la tierra...

Mujeres que se convertían en animales... ¿dónde había oído algo así? Sí, había visto algunas películas, había leído relatos estúpidos, pero algo le andaba rondando por la cabeza. Algo que no podía aprehender en ese momento.

Un felino que aparecía y desaparecía, dejando tras de sí una huella de sangre y un cuerpo casi despedazado. Que aparecía y desaparecía como si se lo tragase la tierra y la misma tierra volviera a vomitarlo después...

Mujeres que se convertían en fieras... Mujeres guerreras, salvajes, sanguinarias que celebraban orgías femeninas con sacrificios humanos, que amontonaban pirámides de cabezas a la puerta de la choza de un reyezuelo tan salvaje y sanguinario como ellas...

Pero ¡eso era absurdo! Simplemente no podía ser. Estábamos en el siglo XX a punto de entrar en el XXI. Y en América del Norte, no en el África negra. Tenía que olvidarse cuanto antes de aquella tontería.

Pero no podía.

Edna volvió.

—Vamos, beba eso y le daré otro bien cargadito. ¿O prefiere café?

—Deme una taza, por favor. ¿Cómo está su marido?

—Duerme como una marmota borracha. Ahora mismo le traigo el café. ¿Qué le ocurre? ¿Tiene cara de mal genio?

—Edna, usted me dijo que había ciertas personas a las que sus perros no gruñían.

—Muy pocas, hijito. Aunque algunas veces he visto cómo huían de algunas, o al menos intentaban morderles a zancajos. El pulso de Bob estaba alterado cuando hizo la siguiente pregunta:

—¿A quienes, Edna?

—Bueno, ¿y qué importa eso. Espere, que le traigo el café. Volvió con una taza humeante para Bob y otra para ella.

—¿Sabe que es usted muy atractivo, doctor? Yo, pobre de mí, me imaginé que tal vez aprovecharía el sueño de John para intentar seducirme y yo, pobre mujer desamparada, me vería obligada a

acceder a sus pecaminosos deseos.

—¿Siempre intenta usted atraer a los hombres?

—Es mi triste destino. John me tiene olvidada y una tampoco es nada que el gato haya traído de la calle, ¿verdad? ¿Se ha fijado en mis piernas?

—Sí. Pero jamás seduzco a mis pacientes.

—¡Yo no lo soy!

—O a mis posibles pacientes. Y usted puede ser una futura paciente mía.

—Ah, ¿y Myrte y Jovanka, no?

—No he intentado... Bueno, Edna, dejemos esto, por favor. Por cierto, ya sabe que Jovanka no aparece por ninguna parte. Eso me tiene preocupado. Y no ha contestado a mi pregunta de antes.

—Pues su Myrte es una de las personas a las que mis perros no intentan atacar.

Ya estaba allí.

—¿Parecen tenerle miedo? ¿Diría usted eso?

—Pues... todo lo que mis perros pueden aparentar miedo, sí. Bob tragó saliva. Dejó la taza en la mesa y se puso en pie.

—Pero, ¿ya se va? No pretenderá dejarme sola.

—Tiene usted a los perros y a su arma, Edna. Yo debo marcharme.

—¿Va a buscar a Jovanka?

—Me gustaría, pero, ¿dónde? Ya lo hacen los hombres del sheriff y ellos saben mejor que yo en qué lugares puede haberse metido.

—¿Ha mirado en su casa?

—Sí, pero no abren.

—Espere si quiere y le acompañaré. Tal vez me abra a mí. Quizá usted le dé miedo, porque a lo mejor ha intentado violarla, cosa que no ha hecho conmigo.

—No bromeo —respondió el médico. Pero la penetración de la mujer le había dejado algo confuso—. No dejará a John solo.

—Los perros, están los perros. Además, «el gato» no puede entrar en casa. Está cerrada como un castillo feudal.

Volvió, con un chaquetón sobre sus hombros y la carabina, en la mano.

—Vamos.

Salieron y los perros corrieron hacia ellos.

—Sed buenos y cuidado a vuestro amito —les recomendó Edna.

Franquearon la verja y caminaron por la calle. Uno o dos policías se les cruzaron y les saludaron. No había habido novedad alguna.

En la puerta del jardín de Jovanka, Edna abrió y caminaron hasta la casa. Llamaron al timbre. Nadie respondió.

—¡Jovanka! —llamó Edna. Nada. Se volvió al médico.

—Es una chica rara. ¿Sabe que no le he conocido ningún amante? Pero tampoco es ninguna aficionada a las mujeres. Muy rara. ¡Y creo que es virgen, lo que a mi juicio supone una desviación sexual! Pero a lo que estamos. Mi llave sirve para esta cerradura, lo tengo comprobado.

Sacó su llave y la metió en la cerradura. Un momento después estaban dentro. Edna dio a la luz y se iluminó el salón. Nadie en él. Miraron en el dormitorio de la joven, en la cocina y hasta en el baño. Edna se fijó en los dos vasos, uno de ellos con agua.

—Vaya, tuvo visita. ¿Tendrá algo que ver con su desaparición?

—No lo creo, porque la visita fui yo.

—¡Doctor! Usted me asombra...

—Todo correcto, Edna. Bien, no está.

Edna miraba en la nevera, y en el fregadero.

—No ha comido, y eso me extraña. Pero, ¿dónde diablos se habrá metido esa chica?

—No lo sé, pero creo que debemos marcharnos. Podría tomarlo como allanamiento de morada si vuelve.

—No, somos muy amigas.

—¿Mucho?

—Bueno, amigas. Ya le dije que es muy rara. Vamos. Pero antes quiero saber qué traje lleva puesto.

Miró en un armario en el dormitorio.

—Vamos... sí, se ha llevado la falda corta. ¿Se ha fijado usted qué piernas más hermosas tiene? Tan musculosas... tal vez sea herencia de sus antepasados serbios, no puedo saberlo. Sí, se ha llevado la falda corta y el gabán de piel. Y las botas altas. Yo siempre he creído que el llevar botas altas las chicas tiene alguna implicación sádico-sexual. Al menos es lo que se ve en los comics. Pero ya le digo que ella no parece tener desviaciones de ninguna clase. La única, que no se le conocen amantes.

Bob recordó cómo la joven le había rechazado. Sus conocimientos de psiquiatría no llegaban al punto de ofrecerle alguna explicación. Porque habría jurado que él no le desagradaba a la joven.

—Vámonos, Edna —urgió.

Salieron y Edna cerró. La calle, en esos momentos estaba desierta. Edna se le cogió al brazo.

—Protéjame, doctor. ¡Tengo tanto miedo!

—Embustera.

—Está bien. Lo que busco es el contacto personal. Pero es usted frío como un pez.

Llegaron a su casa. Allí si había uno de los policías.

—Green haber encontrado algo en el parque —dijo a una

pregunta de Edna—, Sangre en la rama de un árbol.

Esas palabras volvieron a llevar a la mente de Bob sus pensamientos anteriores. Se estremeció. Miró su reloj. Eran las cinco y media.

—Bien, ahora sí que me voy a mi casa —dijo.

Subió a su coche, pese a las protestas de Edna. Cuando bajó la carretera que llevaba al valle, encontró los controles. Tras de identificarse, pasó.

Llegó a su casa. Había bastante gente en las calles, gentes que habían intentado ir a la colonia, pero que no habían podido pasar de los controles, y que esperaban noticias.

Subió las escaleras de su apartamento, sin encender siquiera la luz. Cuando llegaba a su rellano, se detuvo. Había advertido la presencia de algo o de alguien. El vello de la nuca se le erizó. Habían sido demasiadas emociones en una sola noche.

—¿Quién hay ahí? —preguntó. Y su mano buscó el revólver en el bolsillo de la chaqueta.

—Soy yo —dijo una voz.

Bob apretó el interruptor automático y la luz se encendió. Jovanka estaba sentada en el último escalón.

—¡Jovanka!

—Sí, soy yo.

—Pero... ¡todo el mundo te está buscando!

—¿Por qué?

—Porque... has desaparecido sin decirle a nadie dónde estabas.

La joven llevaba su chaquetón de piel sobre los hombros. En efecto, llevaba las hermosas piernas casi desnudas, tapadas sólo por la corta falda y las altas botas que le llegaban más arriba de las rodillas.

—No debiste hacerlo —dijo abriendo la puerta—. Vamos, entra. Debes estar helada. Te daré algo de beber.

Entraron. Ella lanzó una mirada a su alrededor y fue a acurrucarse en un sillón. Cojeaba ligeramente.

—¿Qué quieres tomar? ¿Whisky, té o café?

—Bueno, té flojo.

Bob se lo hizo y se sirvió café a sí mismo.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué aquí precisamente?

—Porque... quería salir de allí. Todo aquel alboroto me ponía enferma. Pensé ir a un hotel, pero todo el mundo me habría preguntado cosas... Además, pensé que estarías enfadado conmigo.

—Bueno, enfadado, no. Decepcionado, quizá. Tal vez tuve yo mismo la culpa, pero el caso es que...

—Ya lo comprendo, pero debes comprenderlo tú también. No

estaba... preparada.

Bob no había sido brutal nunca, pero ahora lo fue.

—¿Y ahora? ¿Estás preparada ahora?

Ella lo contempló largamente.

—¿Para qué?

—Bueno, dejémoslo. Si no lo entiendes...

Se acercó a ella y la tomó por los brazos. La muchacha se puso rígida.

—¿Lo ves? Mi simple contacto te hace reaccionar negativamente.

—No es eso, yo...

—Eres virgen, ¿verdad?

—¿Qué importancia puede tener eso? Pero, sí, lo soy.

—Bien, puedes quedarte a dormir en mi cama. Yo me arreglaré con el diván. Eso si no quieres que vuelva a llevarte a la colonia.

—No sé... Está bien.

—Pues acuéstate. Y no te preocupes, no intentaré nada que no desees.

Ella se puso en pie, y pasó junto al médico. Al hacerlo le rozó con el cuerpo y él sintió revivir el deseo. Pero se contuvo. Pasó con ella para indicarle dónde estaba el baño.

Ella le cogió una mano.

—No estarás enfadado, ¿verdad?

—No. Vamos, acuéstate.

Ella vaciló. Estaba tan cerca que Bob no se pudo contener. La cogió la cara con las manos y le acercó los labios. Encontró los de la joven fríos, y no respondieron a su beso.

—Eres un témpano de hielo —le dijo—. Métete en el dormitorio o no respondo.

Ella lo miraba fijamente. Luego con un rápido movimiento le echó los brazos al cuello, le devolvió el beso con un ardor que casi lo paralizó, y metiéndose en el dormitorio cerró la puerta tras de sí.

Bob era lo suficiente entendido en aquellos asuntos como para comprender que el beso no había sido una invitación. Frustrado, se procuró una manta y se echó en el diván, preparándose para un par de horas de sueño.

CAPITULO 9

CUANDO despertó era día claro. Miró automáticamente su reloj y vio que eran las diez de la mañana.

Se sentía envarado, tras dormir en el estrecho diván. Se dio una ducha, se afeitó y mientras, la cafetera comenzó a hervir. Se aproximó a la puerta del dormitorio, todavía en albornoz y llamó con los nudillos. Nadie respondió.

—¡Jovanka! —dijo en voz alta. Silencio.

Abrió la puerta. El dormitorio estaba vacío. La cama, hecha. Y encima de la mesilla de la noche, una nota.

«Dormías y no quise despertarte. Gracias por todo. Jovanka.»

—Vaya —dijo.

Pero su consultorio comenzaba a las once, así que debía darse prisa. Pasó la mañana atendiendo a algunos enfermos, pero casi todos ellos lo que querían era saber noticias del «gato de los artistas», como lo denominaban los periódicos. Que por cierto, no traían novedad alguna.

Comió rápidamente y luego llamó a la oficina del sheriff. Uno de los agentes de éste le atendió. El sheriff estaba aún en Artistown y no había noticia. El gato no había sido hallado. Luego llamó al médico forense.

—Los mismos resultados que en el cadáver anterior —le dijo Thomas—, La yugular cortada, desgarrada y el vientre abierto por garras y colmillos. Pero eso ya lo sabe.

—Doctor —dijo Bob—. ¿Ha hecho el análisis de las vísceras?

—Bueno, no era necesario, ¿por qué? Barony parecía un hombre bastante sano.

Bob estaba pensando en los síntomas que Cockie le había relatado. Pero ahora, ¿para qué comunicarle sus sospechas?

Se sentó a fumar un cigarrillo. Myrte... las Amazonas del Dahomey o Benin, o como quiera que fuese... que se convertían en animales durante sus fiestas... Cuando aplastó la colilla, lo hizo con mano ligeramente temblorosa. ¡No podía ser! ¡Absurdo! ¡Eso no podía ocurrir! Lo único que sucedía es que se había dejado excitar la imaginación por una historia rancia, por algo muy frecuente en otras épocas, cuando chocaron las civilizaciones europeas con las antiguas del África Negra. Entonces se inventaron toda clase de cosas en relación con los aborígenes. Muchas de ellas eran ciertas, pero otras simples fantasías.

Y no obstante...

No obstante, *debía saber*. Tenía que saber. Cerciorarse de que todo aquello no eran simples fantasías suyas.

Cogió de su botiquín un frasquito y se echó al bolsillo cuatro

cápsulas.

Eran las cinco de la tarde cuando emprendió el camino de la colonia. El día estaba nublado y hacía bastante frío. No tardará en oscurecer.

Cruzó el primer control. El sargento le preguntó si tenía algún motivo para ir a la colonia.

—Tengo pacientes en ella. Además, el sheriff puede responder de mí.

—Pase.

Encontró al sheriff en una de las casas abandonadas por sus inquilinos y en la que había establecido el cuartel general.

—Ya tengo el permiso del gobernador para evacuar a toda esta gente —dijo—. Si hoy no aparece la fiera, mañana mismo desalojaré.

—Me parece una buena medida. Pero, ¿y si alguien se opone y no quiere marcharse?

—Lo llevaremos a la fuerza. No quiero que vuelva a repetirse esa... esa carnicería.

—¿Ha avisado ya a los que quedan?

—Sí.

Fue a casa de Edna. John se encontraba muy bien y decía que no se movería de su casa por todos los bicharracos de todos los zoológicos del mundo. Edna era de su misma opinión.

—Por cierto, doctor, Jovanka ha vuelto. No me ha querido decir dónde estuvo.

Y Bob tampoco se sintió obligado a decírselo. Luego, el médico caminó hasta casa de la muchacha. Esta lo recibió en la puerta.

—Pasa. Lamento haberme marchado así, pero me dio lástima despertarte.

—No te preocupes. ¿Y tu pie?

—Mejor, parece.

—Si te quitas esas botas le echaré una ojeada.

—No, está bien, palabra. Mira.

Anduvo ante él y lo hizo sin apenas cojear. Bob se le acercó.

—¿No tienes más que decirme, Jovanka?

—Nada... sino que fuiste muy bueno conmigo.

Estaba muy cerca de él. Bob vio que en la frente de la muchacha había ligeras gotas de sudor. «Bésala», le dijo una voz interior. «Vamos, bésala. Seguro que ahora no resistirá. Anoche fue ella la que te besó.»

Alzó las manos para apoyarlas en el hombro y en la cadera de la joven, pero ésta retrocedió. Al hacerlo, tropezó con una silla y se cayó sobre ella sentada.

—No, por favor —dijo—. No lo hagas, por favor.

—Escucha, ¿durante tu infancia o tu adolescencia has tenido algún problema... alguna experiencia desagradable con algún hombre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque es fácil creerlo así, dado tu comportamiento. O, ¿sólo eres así conmigo?

Ella no respondió.

—Atiende, Jovanka. Un especialista, un psiquiatra, podría ayudarte mucho. Déjame y verás cómo...

—No, es lo mismo. No te preocupes. No me ocurre nada.

—Está bien. Pero sabe que si quieres ayuda yo u otros podremos ofrecértela. Ahora no veas en mí al posible violador, o al macho dominante sino al médico.

Ella lo miró.

—Lo... haré.

Bob se dirigió a la puerta. Cuando se volvió, ella lo miraba con sus azules ojos y la misma expresión que la otra vez. Se despidió de ella con un movimiento de la mano y se encaminó hacia la casa de Cockie.

La tarde se había oscurecido. En el aire se notaba ya el color a húmedo que precede a la lluvia.

Un par de policías se preparaban a encender los focos en el jardín.

—¿Va armado, doctor? —preguntó uno de ellos.

Bob se echó la mano al bolsillo, y se dio cuenta de que había dejado el revólver en su casa, en la otra chaqueta.

—No, pero no importa —dijo.

—Si quiere puedo proporcionarle un arma.

—No vale la pena. Voy a quedarme en el interior de la casa y esa ya ha sido registrada.

—Como quiera, doctor, pero el sheriff se enfadará.

Llamó a la puerta, bajo la mirada atenta de uno de los policías, que le había acompañado. Tras unos instantes, la ventana del torreón se abrió.

—¿Sí? —preguntó Myrte asomándose.

—Soy yo, Bob. Puedes abrir.

Lo hizo al cabo de un instante. Bob entró.

—Hola —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Cerró la puerta. El fuego estaba encendido. Los leños ardían brillantemente.

—Quería saber si te encontrabas bien —dijo Bob.

Sentía una extraña sensación en la boca del estómago. La sensación del que se ha metido de pronto en un posible callejón sin salida. ¿Qué iba a hacer?

La negra lo miraba con semblante inexpresivo. Estaba muy bella, incluso con su blusa de trabajo.

—¿Te he interrumpido?

—Ya estaba a punto de dejarlo. Ponte cómodo... si es que vas a continuar aquí.

—¿Quieres que me vaya?

—Puedes hacer lo que quieras.

—Escucha, Myrte...

Se aproximó a ella y la tomó por los brazos. Su mano derecha buscó con pericia profesional el lugar en que había visto anteriormente los esparadrapos cruzados. El corazón le latía violentamente.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Simplemente —mintió Bob—, tratar de aclarar un malentendido. No comprendo qué te hizo enfadarte conmigo.

Había cometido una equivocación. Había hablado de «aquello».

Myrte apartó la mirada. Luego, con una mano, quitó la que él tenía puesta sobre su propio brazo.

—Me haces daño —dijo—. Ven.

—¿Dónde? —preguntó el médico.

—Arriba, a mi taller.

—¿Qué es lo que quieres?

—Enseñarte algo.

Musgrave vaciló ligeramente. Pero los ojos de la muchacha, fijos en él, lo decidieron. Seguía diciéndose «no puede ser, no puede ser». Y lo que es imposible, nunca sucede.

Ella caminó ante él, por la escalera, moviendo las hermosísimas caderas. «Un andar felino», se dijo de pronto Bob, y tragó saliva.

—¿Qué es? —preguntó sin haber llegado siquiera al torreón.

—¿No puedes esperar a estar arriba antes de saberlo? —fue la respuesta.

Myrte entró en el taller. Sobre la mesa había una madera oscura, a medio tallar. A su lado, gubias y demás instrumentos de trabajo, incluidas pequeñas sierras.

—¿Era eso? —preguntó Bob.

—No. Esto.

Se alzó la bata y le mostró el brazo. En él estaban aún los dos esparadrapos formando una cruz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bob, con la boca seca.

—¿No era esto lo que querías ver? ¿No deseabas ver la herida que me hice?

—Sí, eso dije. Pero tú me dijiste que estabas bien y que no hacía falta.

—Por lo tanto, ya no quieres verla, ¿verdad?

Su revólver estaba en la dudad, en su piso.

—No —dijo secamente—. No deseo verlo.

—Mira, me lo hice con esto —dijo ella alcanzando una gubia.

Sostenía el instrumento por el puño de madera y la curvada hoja metálica dirigida hacia afuera.

«Hacia mí», pensó Bob.

—Bien, si desinfectaste bien la herida...

—¿Quieres que te diga cómo me hice el corte? Es fácil. Mira.

—No es necesario —respondió él.

—¿Estás sudando, Bob? —preguntó ella de pronto.

Musgrave se pasó la mano por la frente. Sí, estaba sudando.

—No hace mucho calor aquí, Bob. ¿Tal vez no te encuentras bien?

—Quizá sea exceso de trabajo —respondió él.

Myrte dio dos pasos hacia él. Bob lanzó una mirada a hurtadillas tras de sí. La puerta del taller estaba a unos pasos. Si podía dar una corta carrera, bajaría los escalones y llegaría al piso bajo en un instante. Estaba físicamente bien preparado y en forma.

—Mira, Bob, yo estaba tallando este trozo de madera, cuando de pronto la gubia, que como ves está muy afilada y tiene forma de garra...

—Myrte, quisiera beber algo.

—Puedes esperar un poco, ¿verdad?

—Es que tengo mucha sed.

—Ahora te traeré un vaso de whisky. O, ¿prefieres café, tal vez?

—Whisky me irá bien, pero yo mismo puedo ir a buscarlo.

—Sí, tal vez te siente bien un vaso de whisky. Estás un poco pálido. Yo diría que muy pálido. Observa el contraste entre tu mano y la mía. Claro que yo, al fin y al cabo, sólo soy una negra salvaje.

—No, Myrte.

Procuró que su voz sonase fuerte, dominando la sequedad de su lengua y de su garganta.

Y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Bob sintió que el corazón le saltaba un latido.

—Abriré yo —dijo. Dio media vuelta y comenzó a bajar las escaleras. Tras de él sintió los pasos de Myrte que lo seguía, y tuvo que hacer un violento esfuerzo para no volverse. *Sabía* que eran pasos de mujer, el rápido taconeo de una mujer que lo seguía, no otra cosa, pero no *quería*, no *podía* volverse.

Llegó a la planta baja y se dirigió a la puerta.

—¿Vas a abrir? —le preguntó Myrte.

—¿Por qué no?

Y en ese momento se volvió hacia ella. La negra le contemplaba fijamente.

—Después de todo —dijo articulando las palabras claramente—, sólo una persona puede oprimir un timbre, ¿no es cierto?

El timbre sonó de nuevo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Myrte. Y en su cara apareció la sonrisa, que rara vez prodigaba.

Bob abrió. Jovanka estaba en el umbral.

—Hola —dijo la muchacha—. Quería saber si estabas aquí.

—Podrías haber telefonado —respondió Myrte.

—Sí, es cierto, pero pensé que no te importaría que viniese.

—¿A mí? ¿Por qué habría de importarme? Pero, pasa, no te quedes ahí.

—¿Has venido sin armas? —preguntó Bob.

—Sí. Hay policías por todas partes. Bob, quería hablar contigo.

—Bien, podemos salir, si quieres.

Myrte se dirigió hacia la puerta.

—Hacedlo ahí mismo —dijo—. Junto al fuego. Yo tengo que seguir trabajando. Bob, hay whisky donde ya sabes. Sírvese un vaso y sírveselo a Jovie.

Myrte se asomó y miró al exterior. Luego, cerró la puerta y se dirigió hacia la escalera.

—Hasta ahora —dijo—. Consideraos en vuestra casa. Y que la conversación os aproveche. Fíjate bien, Jovie, que no te pregunto de lo que quieres hablar con Bob.

Vieron cómo subía las escaleras que llevaban al torreón.

—¿Te ocurre algo, Bob? —preguntó Jovanka.

—Bien, creo que será mejor que nos vayamos. Myrte no se encuentra bien del todo —dijo Bob en voz alta.

—¿Marcharnos? ¿A dónde?

—A tu casa, por ejemplo.

—Escucha, Bob...

Jovanka se acercó a la chimenea y se sentó en uno de los divanes. Hizo un gesto, invitando al médico a hacerlo a su lado.

—Espera un poco —dijo—. No me he portado bien contigo. Aquello que me dijiste, sobre que tal vez un médico podría ayudarme, ¿es cierto?

Bob asintió distraídamente. Miraba hacia la escalera. ¿Había oído o no cerrarse la puerta del estudio de Myrte? No podía asegurarlo.

—¿Me estás escuchando, Bob? —preguntó Jovanka.

—Por cierto que sí. Sí, un médico podría ayudarte, Jovanka.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro de ello.

¿Había sentido unos pasos suaves en la escalera?

«Estás perdiendo el control», se dijo. «Estás perdiendo el control por completo. Nada hay de extraño en una mujer que se hiere con

una gubia en un brazo y que no quiere mostrar su herida. Aunque... aunque un leopardo, una pantera, algo, haya sido herido por un arma de fuego poco antes. Es una pura y simple casualidad. Eres un hombre de ciencia...»

—Creo que no me escuchas, Bob.

—Sí, claro que sí.

«Una casualidad. Y una casualidad que no se encuentre al felino que ha matado dos veces. Puede estar escondido en cualquier parte. Ha de estar escondido en alguna carbonera, en algún sótano, tal vez en una cueva ignorada, o en una casa... o en las ramas de un árbol, o simplemente se ha marchado ya, lo mismo que la otra vez.»

—¿Lo ves cómo no me escuchas?

Se volvió y miró a la joven.

—Escucha, Jovanka, vamos a seguir esta conversación en alguna otra parte, ¿quieres?

Ahora estaba casi seguro. Había oído algo como una puerta que se cierra. ¿O eran sus sentidos, alertados de una manera que se salía de lo usual? Una persona excitada puede perder parte de la potencia de sus sentidos, pero también estos se le pueden aguzar. Había oído casos en los que...

«No te dejes llevar por la imaginación. Lo que tienes que hacer es salir de aquí, salir cuanto antes y llevarte a esta chica. Supongamos que no hay peligro, que todo son simples elucubraciones tuyas, pero, por si acaso...»

—¿Por qué, Bob? Tal vez después no me atreviera a decirte lo que me ocurrió.

—¿Te ocurrió? ¿Qué te ocurrió?

—Verás, tenía yo catorce años, cuando un hombre, un amigo de mi padre, el mejor de sus amigos, podríamos decir, aprovechando que estábamos solos un día en casa, intentó... Primero comenzó por acariciarme los brazos, pero antes de darme yo cuenta me levantó las faldas, y...

La mente de Bob, dividida en dos porciones —con una escuchaba a Jovanka y con la otra trataba de oír algo en la escalera — reaccionó.

—Eso fue lo que después te hizo odiar a los hombres. O si no odiarlos, al menos rechazarlos — dijo.

¿Lo había oído? Sí, casi estaba seguro.

Se volvió hacia la escalera. Sobre su hombro sintió la mano de la muchacha.

—Jovanka —dijo en voz baja—. Tenemos que marcharnos de aquí.

Una parte de su mente advirtió que la mano de Jovanka le

apretaba demasiado el hombro. Casi le hacía daño. Pero no, no era que le apretase demasiado, sino que *le arañaba*.

Volvió la cabeza lentamente y miró la mano.

¿La mano?

No podía ser la mano de Jovanka, porque él la había tenido entre las suyas, y era blanca y fina. Mientras que ésta era oscura, y tenía un vello largo, y uñas largas.

Bob se puso en pie de un salto, abriendo mucho la boca, pero de ella no salió sonido alguno.

Sobre el diván, Jovanka se diluía, se transformaba. Su cara se estaba convirtiendo en un triángulo, en el que dos ojos amarillentos dejaban entrever pupilas en forma de ranura.

Las ropas le colgaban de dos hombros que se estrechaban, mientras que de las mangas sobresalían dos brazos más cortos. Las piernas, musculosas, parecían llenar las botas, cuyas costuras saltaban con la presión.

Y de una boca que se había hecho más grande, que se rasgaba hacia los pómulos, iban apareciendo colmillos grandes, agudos y una lengua roja que los lamía.

Bob dio dos pasos hacia atrás. Las sienes le batían, el corazón le saltaba en el pecho al impulso de descargas cada vez más frecuentes de adrenalina.

Estaba encerrado en el cuarto con una pantera de un hermoso, lustroso color negro, de suave pelaje y cuyo cuerpo se alargaba y se movía con gracia sobre el diván.

—¡Apártate! ¡Echate a un lado! —gritó una voz a su espalda.

Lo hizo, y aunque a él mismo sus movimientos le parecieron lentos, penosamente lentos, debió en realidad hacerlo aprisa.

La pantera encogió las patas traseras y se preparó para el salto. Pero las prendas de ropas que había vestido Jovanka, estorbaron sus movimientos, y eso salvó a Bob.

Myrte, en pie en el umbral de la puerta, blandió la larga danza dahomeyana y la lanzó con un movimiento lleno de mortífera gracia.

La larga hoja entró por la paletilla izquierda de la pantera, justo cuando ésta iniciaba su salto, y se clavó en el salvaje corazón.

El cuerpo, llevado por la inercia del brinco, atravesó el aire y se desplomó en el suelo, junto a Bob. Una zarpa enorme rasgó el pantalón de éste, en el último y frenético impulso de matar y rasgar.

Luego, el gran cuerpo quedó en el suelo, tendido, agitándose aún en los estertores.

—Jesu... cristo —dijo Bob—, Myrte, estoy loco, eso... *eso* no ha podido suceder ante mis propios ojos...

La muchacha negra se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor.

—¿No? —preguntó.

—Es... ha sido horrible.

—Lo supongo.

—Tú,, tú sabías que iba a suceder...

—Lo suponía, nada más.

—Pero... ¿cómo... cómo podías suponerlo siquiera?

—¿No suponías *tú* que era yo quien se transformaba en «eso»?

—Yo...

Súbitamente recordó. Las altas botas, la cojera... Lo había tenido ante sus propios ojos, pero no había hecho caso.

Estaba simplemente fascinado por la idea de que la joven negra y su herida en el brazo...

Conteniendo las arcadas, se inclinó sobre el cuerpo del animal. En una de las patas traseras había una herida en sedal, con los bordes enrojecidos. Allí donde la bala del agente del sheriff le había alcanzado.

Caminó a tientas hasta una silla.

Myrte se acercó al mueble bar contorneando el cuerpo de la pantera. Llenó dos vasos de whisky y volvió hacia el hombre. Le tendió uno de los vasos.

—Toma, bebe.

Bob bebió largamente, sintiendo el fuego del líquido correrle por el esófago y llegar al estómago, donde estalló.

Myrte le puso una mano en la frente.

—No creas que yo no siento lo mismo —dijo—. Pero, Bob, debías haber terminado de leer el libro y no detenerte en el párrafo que hablaba de las guerreras del Benin.

Bob tendió los brazos y cogió a la muchacha por las caderas. No había impulso sexual alguno en su gesto, sino el deseo de establecer contacto, un contacto simplemente *humanó*.

—Allí hubieras podido leer que no solamente en Africa las mujeres se convierten en animales, sino en un país europeo.

Bob apretó las tensas, elásticas carnes de la mujer.

—En Serbia —dijo de pronto—. Ahora lo recuerdo. En las montañas de Serbia. ¿Dónde diablos lo leí?

—Sí —respondió Myrte—. En Serbia, en Yugoslavia. Según «mi» libro, algunas mujeres se volvían grandes gatos cuando un hombre las besaba. Y por eso debían permanecer vírgenes toda su vida.

Y añadió de pronto:

—Y tú la besaste, ¿verdad?

Bob movió la cabeza.

—En realidad, creo que fue ella la que me besó. Pero...

Del cuerpo de Myrte se desprendía el débil perfume de las violetas que ya notara en otra ocasión. Apretó la cabeza contra el vientre de la mujer, que permanecía en pie ante él.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —preguntó.

—Ya lo hice, cuando te vi ponerte pálido al verme acercarme a ti. Fuiste valiente viniendo a mi casa cuando pensabas que yo podía convertirme en una cosa como esa.

Ambos miraron a la «cosa». Estaba alargada sobre la alfombra, con las patas extendidas y la falda, que ahora resultaba tan ridícula, cubriéndole las ancas y el suéter enredado en el torso.

—Nadie lo va a creer —dijo Bob.

—No, creo que no. Vamos a quitarle esas ropas y a dejarla como es en realidad.

Bob Musgrave no sentía deseo de acercarse al animal, pero como vio que Myrte lo hacía, se obligó a sí mismo a imitarla. En unos instantes le quitaron aquellas ropas, cortándolas con unas tijeras y Myrte las llevó al incinerador de basuras.

—Y ahora, a llamar al sheriff —dijo Bob.

—Sí.

Se encontraron en la puerta. Bob pasó una mano sobre los hombros de la muchacha.

—Tienes razón —dijo—. No podemos dejar que nadie sepa qué es lo que ha ocurrido en realidad. Pero debemos decir dónde estaba escondido «eso». Tengamos en cuenta que ellos han registrado la casa.

—Sí, pero yo me dejé inadvertidamente abierta la ventana de la cocina.

—No lo creerán.

—Pero no podrán demostrar lo contrario. *Eso* es lo que ha ocurrido. Y a ello nos atendremos.

De pronto, Bob se detuvo.

—No puede ser. Imposible. Un policía vio éntar a Jovanka, la acompañó incluso.

—Jovanka volvió a salir poco después —dijo Myrte después de un instante de reflexión.

—No lo creerán —insistió Bob.

—¿No? ¿Y qué pueden hacer? Jovanka no se ha dejado ver. No ha sido vista. No sabemos lo que ocurrió con ella. Eso, o decir la verdad, que nadie creería, ahora. Debimos pensarlo antes de quemar las ropas, pero, ¿te imaginas que lo que ocurriría si «eso» llegase a saberse?

—Tienes razón. Jovanka salió. Los dos la vimos salir y luego la pantera entró y la mataste con la lanza.

—Porque no tenía la carabina a mano. Sí, eso es todo.
Bob se acercó a ella para besarla y la mujer le devolvió el beso con fuerza.
—Y después —dijo—. Podremos quedarnos solos. Aunque...
—¿Qué?
Ella lo miraba de aquella forma enigmática.
—¿Quién te asegura a ti...?
—¿Qué? —repitió Bob.
—¿Quién te asegura a ti que solamente las mujeres serbias son las que se convierten en animales?
Bob se sobresaltó ligeramente.
—¿Qué estás diciendo?
—Eso mismo. ¿Quién te lo garantiza?
Bob cerró los ojos un instante.
—Nadie —respondió—. Sólo... mi fe en ti.
—¿La tuviste acaso antes?
—Bueno, era distinto... ¿Qué diablos es lo que quieres hacer conmigo? ¿Torturarme?
—¿Y qué harás tú?
—Yo... casarme contigo.
—Habla de eso después.
Mientras Bob abría la puerta para llamar al agente más próximo, sintió un ligero cosquilleo en la columna vertebral. ¿Se atrevería a casarse con Myrte después de «aquello»? ¿Se atrevería?
El policía ya acudía hacia ellos.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICCION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



**APASIONANTES
TEMAS
PARA EL MUNDO
DE HOY**



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.